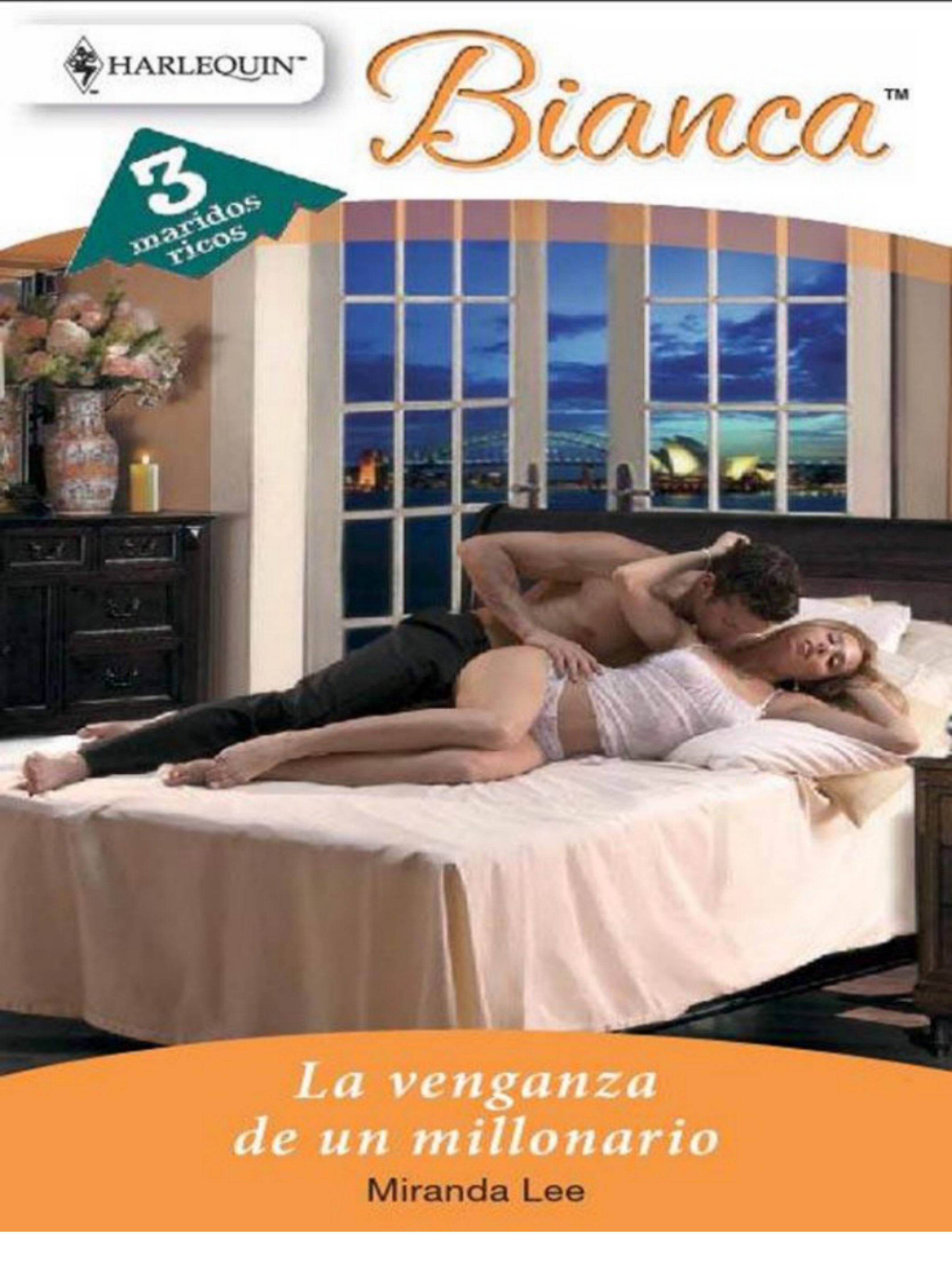

HARLEQUIN
Bianca
3 maridos ricos
La venganza de un millonario
Miranda Lee

Miranda Lee

1º Tres maridos ricos

La venganza de un millonario (2010)
Título Original: The billionaire's bride of vengeance (2008)
Serie: 1º Tres maridos ricos
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca Miniserie 37
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Russell McClain y Nicole Power

Argumento:

Quizá su ansia de venganza pueda ser saciada convirtiéndola en su esposa.

Aunque es millonario y un gran partido, a Russell McClain nunca le ha interesado el matrimonio. El único interés de este atractivo magnate de Sidney es la venganza, y Nicole Power, la hija de su enemigo, es fundamental para llevar a cabo su plan. Ella pagará por los pecados de su padre. Russell piensa seducirla, acostarse con ella y repudiarla… Pero cuando su deseo por Nicole se intensifica, sabe que una noche no va a ser suficiente…

Prólogo

Russell aumentaba la presión sobre el volante a medida que se aproximaba a la dirección que le habían dado.

—El señor Power no está en la oficina —le habían dicho cuando había ido a Power Mortgages una hora y media antes.

Inicialmente la recepcionista se había negado a decirle dónde encontrar a Alistair Power, el presidente de la compañía hipotecaria Power Mortgages, pero al decirle Russell que se trataba de un asunto urgente relacionado con el fallecimiento de un asociado, obtuvo la información que necesitaba: el señor y la señora Power habían ido a visitar las obras de su casa en la exclusiva urbanización Belleview Hill de Sidney.

Russell contemplaba la mansión en ese momento con amargura. ¡Era increíble lo que uno se podía comprar con el dinero ajeno!

Hizo girar el volante de su viejo coche hacia la casa y frenó delante de la puerta con un chirrido de ruedas. Un hombre de mediana edad con un traje de corte impecable y una esbelta rubia estaban en el porche. Russell pensó en ella como una «mujer objeto».

Sin pararse a reflexionar, subió la escalinata hacia el hombre que había arrastrado a su padre el suicidio.

—¡Alistair Power!

El hombre lo miró con indiferencia a pesar de su actitud agresiva.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

Russell apretó los puños para no golpearlo.

—He venido a decirle que mi padre se suicidó la semana pasada.

Power arqueó las cejas.

—¿Y quién es su padre?

—Keith McClain.

—No lo conozco.

¡Ni siquiera lo recordaba, y sin embargo su padre le había contado que había ido a suplicarle que le retrasara el pago del préstamo!

—Le conocía lo bastante como para dejarle que hipotecara su granja en dos ocasiones —masculló Russell—. Por culpa de los diez años de sequía, se había quedado sin ganado, sin cultivos y sin ingresos. Pero a usted le interesaba la tierra, por eso le dejó endeudarse, para hacerse con ella.

—Jovencito, yo no obligo a nadie a pedir una hipoteca.

—No debía haberle concedido un préstamo sabiendo que no podría devolverlo, pero por lo que tengo entendido, ésa es la especialidad de

Power Mortgages.

Power ni se inmutó.

—No he hecho nada ilegal. Su padre cometió un error al pedir dinero prestado en lugar de vender la propiedad.

—¡La tierra pertenecía a su familia desde hacía varias generaciones! Él sólo sabía trabajar en la granja.

—Yo no tengo la culpa de eso.

—Claro que sí la tiene. Usted y hombres como usted sin compasión a los que sólo les importa el dinero.

—El dinero y la compasión no hacen una buena pareja, hijo mío.

—¡No me llame hijo! —dijo Russell fuera de sí, dando un paso adelante.

La mujer se interpuso en su camino.

—¡No! —gritó—. Sólo conseguirá empeorar las cosas, y eso no le devolverá a su padre.

Russell se quedó mirando sus increíbles ojos verdes. Tampoco ella tenía compasión. Sólo intentaba proteger su estilo de vida.

En aquel instante, Russell pensó en otra forma de vengarse mucho más satisfactoria que el asesinato. Bajó las escaleras y se volvió al llegar al coche.

—Algún día —dijo con una mirada de hielo—, le destruiré. Juro por mi padre que no descansaré hasta arrebatarle todo aquello que ama.

Capítulo 1

Dieciséis años más tarde…

Bangkok era caluroso y húmedo, y para cuando Nicole llegó al orfanato desde su barato hotel, estaba calada.

La Nicole de unos meses atrás habría protestado continuamente y no habría salido de su lujoso hotel con aire acondicionado más que en una limusina.

Pero esa Nicole había desaparecido tras descubrir que las tres personas más importantes de su vida eran un fraude. En primer lugar, había encontrado a su prometido en el despacho, manteniendo relaciones con su secretaria. Cuando, horrorizada, había acudido a contárselo a su madre, ésta le había explicado que no podía esperar fidelidad de un hombre con dinero y éxito, y que debía pasar por alto las infidelidades de su prometido.

—Yo siempre lo he hecho con las de Alistair —dijo con total naturalidad.

Saber que su padrastro había tenido amantes y que su madre había transigido con ello la sorprendió aún más que la deslealtad de David.

Y no había podido aceptarlo. Por más que se hubiera convertido en una princesita consentida al casarse su madre con un hombre rico, ella tenía principios.

Al día siguiente, le devolvió su anillo a David y a continuación tuvo una desagradable conversación con su padrastro, que la acusó de ingenua y mojigata.

—Los ganadores no siempre cumplen con las normas —explicó con arrogancia—. David es un ganador. Y siendo su mujer podrías haberlo tenido todo. Ahora tendré que encontrar otro candidato que pueda mantener tu tren de vida.

La insinuación de que Alistair le había «proporcionado» a David repugnó a Nicole.

De un día para otro, dejó su trabajo en Power Mortgages y esa misma tarde contestó un anuncio para ir de viaje con una chica cuya amiga se había echado atrás en el último momento.

Una semana más tarde, Nicole volaba con tan sólo el dinero del finiquito y un nuevo orden de prioridades.

Cuatro meses más tarde, era una persona radicalmente distinta. Una persona de verdad que vivía en el mundo real.

—¡Nicoe, Nicoe! —los niños del orfanato corearon su nombre al verla llegar.

Ella sonrió. Aunque no pronunciaran la letra «l», su inglés, gracias a la directora del orfanato, era muy bueno.

Tras los besos y abrazos de rigor, los niños le suplicaron que cantara algo y ella accedió. Siempre le sorprendía lo poco que costaba hacerlos felices. Se sentó bajo un árbol rodeada de ellos y comenzó a cantar la vieja canción popular australiana Walizing Matilda. Los niños la escucharon en completo silencio y sólo cuando acabó, se pusieron en pie y aplaudieron antes de suplicarle que cantara otra.

Y ella lo habría hecho de no haber sido interrumpida por una llamada del móvil.

—Perdonad —dijo mientras lo sacaba de la mochila—. Id a jugar un rato.

Imaginaba quién podía ser. Su madre la llamaba cada semana como si no supiera que su hija estaba indignada con ella, y Nicole no se sentía capaz de cortar todo vínculo con ella.

—¿Sí?

—Nicole, soy tu madre.

Nicole frunció el ceño. Algo no iba bien. Su madre sonaba tensa.

—Hola, mamá, ¿qué pasa?

—Tienes que volver a casa —dijo tras un inicial titubeo.

—¿Por qué? —preguntó Nicole—. ¿Dónde estás?

—No puedo decírtelo.

—¿Por qué no?

—Tu padre no quiere que nadie lo sepa.

—Alistar Power no es mi padre —dijo Nicole con frialdad.

—Lo es más que el malnacido que me dejó embarazada —replicó su madre—. ¡No, Alistair! Deja que hable con ella.

Nicole oyó ruido de fondo.

—¡Escúchame, desagradecida! —Alistair dijo al otro lado de la línea—. Si hubiera dependido de mí, no te habría avisado, pero tu madre te quiere, aunque no sé por qué. Mi compañía se ha ido al garete y mis acreedores me persiguen, así que hemos dejado Australia. El banco se ha quedado con la casa de Belleview Hill.

—Pero… pero si todas mis cosas están en ella —protestó Nicole.

—Por eso te ha llamado tu madre. Para que vuelvas antes de que cambien las cerraduras y vacíen la casa.

—¡No pueden hacer eso!

—¿Y quién va a detenerlos?

Nicole gimió. No quería perder sus recuerdos de infancia, las fotografías, algunos cuadernos…

—Te paso a tu madre —gruñó Alistair.

—No te preocupes por tus joyas, cariño —dijo su madre en tono

meloso—. Las he traído conmigo.

—Las joyas me dan igual, mamá.

—¡Pero si valen una fortuna!

Tenía razón. Alistair le había regalado a lo largo de los años todo tipo de perlas, diamantes y esmeraldas, a juego con sus ojos, solía decir. Y Nicole se dio cuenta de que con lo que obtuviera de su venta podría contribuir a mejorar las condiciones del orfanato. Sería una estupidez desaprovechar esa oportunidad por puro orgullo.

—¿Podrías mandármelas, mamá?

—¿Adónde? Cada vez que llamas estás en un país distinto.

—Sigo en Tailandia. Aunque quizá sea mejor que las mandes a casa de Kara. ¿Recuerdas sus señas?

—Claro. Te he llevado allí infinidad veces. Entonces, ¿volverás a Australia?

—Sí, en cuanto reserve el billete a Sidney.

—Me alegro mucho. Me daba mucha lástima que perdieras tu preciosa ropa.

Nicole suspiró: «Me alegro de que conserves tus prioridades, mamá».

—No puedo decirte dónde estamos, pero no te preocupes —su madre bajó la voz—. Tenemos suficiente dinero. Alistair tenía una cuenta en un paraíso fiscal. Si necesitas cualquier cosa, pídela.

Nicole se estremeció. La idea le repugnaba.

—Tengo que irme, mamá.

—¿Me llamarás cuando llegues a Sidney?

—Claro.

Nicole sacudió la cabeza con tristeza mientras colgaba. Su madre no tenía remedio.

Capítulo 2

Russell reflexionaba sobre lo difícil que era vengarse de camino a la mansión de su enemigo. Durante dieciséis años, lograrlo había sido el motor de su vida.

Finalmente, la oportunidad se había presentado al derrumbarse el mercado hipotecario. En ese momento, Russell había vendido las acciones de Power Mortgages que había ido adquiriendo en secreto a lo largo de los años y, en una sola semana, había logrado arrebatar varios millones a aquel bastardo sin principios.

En cuanto el sector inmobiliario supo que Power estaba arruinado y que su banco había embargado su lujosa mansión, Russell hizo una oferta irrechazable.

Y en ese momento iba hacia ella. Sin embargo, no sentía la satisfacción que había esperado alcanzar cuando llegara aquel momento. La razón era que su enemigo había logrado abandonar el país y debía estar disfrutando de los millones que habría guardado en algún paraíso fiscal.

Imaginar a Alistair Power en las Bahamas le indignaba. Los hombres como él no merecían vivir. Pero al menos tenía la satisfacción de saber que había arruinado su reputación y que ya no aparecería con su espléndida sonrisa en la televisión ni en las revistas de sociedad.

La casa que había visto por primera vez hacía dieciséis años apareció en su campo de visión. Apenas una hora antes, había escuchado una detallada descripción del lugar: las terrazas que se abrían a magníficas vistas de la ciudad y del puerto, los altos techos, los grandes salones. Pero nada podía compararse con el impacto provocado por el magnífico edificio, de paredes blancas y contraventanas azules.

Russell detuvo el coche ante la verja de seguridad, una verja inexistente en el pasado y que no le había impedido llegar hasta la puerta misma de la casa.

Suspiró. En el fondo se arrepentía de no haberse dejado llevar por sus impulsos asesinos. Pero de haberlo hecho, se encontraría en la cárcel en lugar de sentado en un coche de lujo y vestido con un traje de hombre rico.

Dio al control remoto y esperó a que se abrieran las puertas. Luego condujo lentamente. Rodeando una magnífica fuente de mármol, pasó junto al garaje de seis plazas hasta llegar al pie de la escalinata del

porche. Con las llaves en la mano, subió al rellano y se volvió para contemplar la vista.

El terreno era espectacular, de una magnificencia propia de un palacio, con setos perfectamente recortados, césped inmaculado y árboles estratégicamente situados para dar la sombra adecuada. De acuerdo con la descripción, el jardín trasero era aún más impresionante. Contaba con una gran terraza, pista de tenis y piscina climatizada.

—Junto a la piscina hay una casita con cocina, salón y dos dormitorios, más grande que muchos apartamentos —fue la descripción del encargado del banco.

Y posiblemente mayor que su piso. A pesar de ser un exitoso agente inmobiliario, seguía viviendo en un modesto apartamento que sólo usaba para dormir.

Por contraste, la mansión de Power era una casa construida a mayor gloria de su propietario. Y desde ese momento le pertenecía a él.

Pero Russell seguía sin sentir el placer que había imaginado experimentar con aquel triunfo. ¿Habría sido más importante el recorrido que el objetivo? ¿Echaría de menos compartirlo con alguien?

Su madre nunca había acumulado el rencor que a él lo había consumido tras la muerte de su padre. No había culpado a Power Mortgages, y había contado a Russell que llevaba años sufriendo una depresión, a la que atribuía las malas decisiones económicas que había tomado.

Tras dos años de duelo por su amado esposo, Frieda McClain se había vuelto a casar con un granjero.

Russell nunca había comprendido su actitud. Él había estado a punto de morir de dolor tras el suicidio de su padre, del que se culpaba parcialmente.

Le espantaba saber que una de las razones de pedir dinero había sido conseguir que su hijo tuviera la educación que a él le había faltado, y que fuera a la universidad. Incluso había pagado su alojamiento y le había comprado un viejo coche.

Russell se enfurecía consigo mismo por no haberse dado cuenta de que su padre no podía permitírselo, por no haber reconocido la verdad tras las mentiras piadosas de su progenitor. Por eso, el día que lo enterró, él mismo estuvo al borde del suicidio.

Sólo el deseo de venganza lo había mantenido vivo. Tras la escena con Power, había dejado sus estudios de Derecho y había buscado empleo como agente inmobiliario en una de las oficinas más prestigiosas de la ciudad. Los años siguientes había dedicado muy

poco tiempo a su vida social y mucho a hacerse lo bastante rico como para poder arruinar a Alistair Power.

Con treinta y seis años era el agente inmobiliario más poderoso de Sidney, con diversas agencias en los barrios más exclusivos.

Volviéndose hacia la puerta se dijo que la noticia de que había comprado aquella casa se filtraría a los periódicos y por una fracción de segundo pensó en conceder una entrevista con la vana esperanza de que, cuando Power la leyera, lo identificara como el joven de cabello largo que lo había amenazado años atrás con vengarse.

Pero sabía que era una pérdida de tiempo. De hecho, Power y él habían coincidido en la venta de una propiedad y el magnate no le había reconocido. Los hombres sin conciencia no parecían recordar a sus víctimas. ¡No era más que un frío y calculador bastardo!

En cuanto abrió la puerta un sonido lo dejó paralizado.

Alguien cantaba. Escuchó. Una voz de mujer proveniente del primer piso. Russell frunció el ceño. Podía tratarse de la radio. Escuchó. No. Había alguien en la casa, y tuvo la certeza de que se trataba de *okupas*.

No era la primera vez que se encontraba en esa situación y no titubeó. Subió la escalera lentamente. A menudo eran *yonquis* o vagabundos que querían darse una ducha o dormir en una cama.

Cuando llegó al primer piso prestó atención. El ruido de agua le hizo suponer que la mujer se estaba duchando.

Camino sigilosamente hacia la puerta que le quedaba delante. Giró el picaporte lentamente. No. No estaba allí. Sacudió la cabeza al observar la ostentosa decoración del que debía ser el dormitorio principal.

Pudo imaginar el dolor que le habría causado a Power dejar aquel lugar y una vez más le dio rabia que no supiera quién había pasado a ser su dueño. De esa manera, su venganza habría sido más completa. Quizá se sentiría mejor cuando se mudara, tal y como pensaba hacer al día siguiente.

Pero primero tenía que expulsar a la intrusa.

Avanzó por el corredor y asomó la cabeza en una puerta a la izquierda. Se trataba de otro dormitorio, muy femenino. La cama doble había sido usada, las almohadas estaba desordenadas y las sábanas revueltas. El agua provenía de una puerta cerrada, pero el canto había cesado.

Russell cruzó la habitación y observó una pila de ropa en el suelo, al lado de la cama. Cuando posó la mano sobre el picaporte se planteó llamar antes, pero decidió pillar a la invasora por sorpresa. Si estaba desnuda, peor para ella. Los *okupas* no se merecían tantos remilgos.

Sin pararse a medir las consecuencias de lo que iba a hacer, Russell giró el picaporte y abrió la puerta.

Capítulo 3

Desde luego que estaba desnuda. Y tenía un cuerpo que cortaba la respiración: era alta, delgada, con piernas largas, pechos perfectos y un trasero menudo pero respingón.

No vio entrar a Russell porque tenía los ojos cerrados mientras se enjabonaba el cabello, así que él pudo observarla cuanto quiso y, al descubrirse prácticamente salivando, se dijo que llevaba demasiado tiempo sin una mujer.

Su vida laboral ocupaba todo su tiempo, y sólo sucumbía al impulso hormonal una vez al mes. Aunque no fuera una belleza clásica, nunca tenía dificultad en conquistar a alguna atractiva mujer en la pista de baile y llevarla a su cama. Pero jamás había sentido el menor interés por mantener una relación duradera. Las relaciones no formaban parte de su vida desde que la muerte de su padre había destruido en él la capacidad de amar o confiar en los demás.

Pero en aquel instante su cuerpo estaba reaccionando sin importarle los razonamientos de su mente. La frustración aumentó a medida que contemplaba a la desnuda ninfa y se le ocurrían todo tipo de fantasías.

Cuando la mujer alzó el rostro hacia el chorro de agua y giró la cabeza de un lado a otro para aclarase el champú, Russell clavó la mirada en sus perfectas facciones, y aunque seguía con los ojos cerrados, supo que una criatura como aquella sólo podía tenerlos tan espectaculares como el resto del cuerpo.

Pero si los llegaba a abrir en aquel momento, probablemente recibiría un susto de muerte y gritaría a pleno pulmón.

«Debería haber llamado a la policía en lugar de entrar», se dijo Russell.

Tenía suficiente experiencia con *okupas* como para saber que eran capaces de cualquier cosa, y la muchacha podía inventar cualquier historia, desde que él mismo la había invitado a que había intentado forzarla.

Para evitar esa posibilidad, salió sigilosamente, cerró la puerta y esperó en el exterior a que acabara de ducharse. Cuando el agua llevaba cerrada el tiempo suficiente como para darle tiempo a vestirse, llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó ella.

—La cuestión es ¿quién eres tú? —preguntó él a su vez.

—Nicole Power —dijo ella.

—¿Quién? —¿habría oído bien? No era posible.

—Nicole Power —repitió ella.

La sorpresa dejó a Russell sin habla y la idea de haber fantaseado con ella le produjo horror, sobre todo al recordar que, creyendo que era una trotamundos sin dinero, había sentido la tentación de insinuarle que se podía pasar unos días en la casa con la condición de que permaneciera desnuda.

La furia se apoderó de él.

—¿Es que no sabes que esta casa ya no pertenece a tu padre? —preguntó, indignado—. No tienes ningún derecho a estar aquí.

«Y menos a despertar en mí el deseo de seducirte», añadió para sí.

—Tiene una explicación —dijo ella con voz cantarina—, pero es un poco difícil hablar a través de una puerta.

—Pues sal y explícalo —gruñó Russell.

—No puedo. Estoy desnuda, ¡y no pienso salir envuelta en una toalla!

Russell sonrió para sí. Si ella supiera que la acababa de ver tal y como había llegado al mundo…

No era de extrañar que no la hubiera reconocido. Sólo la conocía de la televisión, donde aparecía cada vez que celebraba un cumpleaños. Unos años antes, al cumplir los veintiuno, la celebración había sido tan multitudinaria y ostentosa, que había sido noticia en todos los periódicos. Sin embargo, no recordaba haberla visto recientemente.

Siempre había pensado en ella como el prototipo de la niña rica y mimada, y estaba convencido de que su belleza debía de ser producto de la cirugía estética y del tinte.

En eso, evidentemente, se había equivocado: era una belleza y una rubia natural, tal y como había podido deducir por el triángulo de vello que cubría el vértice de sus muslos. ¡Tenía que dejar de pensar en ella de aquella manera!

—¿Qué te parece si me esperas abajo en diez minutos?

Aunque era una sugerencia sensata, Russell no pudo evitar que le irritara.

—Que sean cinco —masculló, antes de dar media vuelta e ir hacia la puerta del dormitorio.

Capítulo 4

Nicole pasó de la vergüenza a la irritación. Por más que no tuviera derecho a estar allí, no había necesidad de tratarla como si fuera una delincuente.

En cualquier caso, ¿quién era ese hombre? Habría sido más prudente preguntárselo. ¿Se trataría de un guarda de seguridad? Por el tono, lo parecía. Desde luego, no era un caballero.

Tras asegurarse de que había abandonado el dormitorio, salió del cuarto de baño y fue a buscar ropa al vestidor. Las opciones eran infinitas. Nicole sacudió la cabeza al comprobar que incluso había trajes a los que ni siquiera había quitado la etiqueta del precio. Todos ellos de marcas exclusivas, muy distintos a los modelos que usaba en los últimos tiempos. Tendría que optar por unos vaqueros y una camiseta negra que, aunque también eran de marca, al menos eran discretos.

Para cuando acabó se cumplían los cinco minutos y decidió apresurarse para no impacientar al desagradable hombre que la esperaba en el piso de abajo. Lo último que necesitaba era que la obligara a marcharse sin darle tiempo a hacer lo que la había llevado a Sidney.

De haber podido, habría acabado de hacer las maletas y se habría marchado, pero el vuelo había llegado a las seis de la mañana y no había podido resistir la tentación de descansar un rato. No se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera encontrarla.

Por culpa del retraso, se encontraba en la situación de tener que pedir un favor a aquel gruñón, e intuía que su nombre, que en el pasado solía abrirle todas las puertas, no la beneficiaría en aquella ocasión.

Suspirando, se calzó unos zuecos y fue hacia la puerta.

Oyó las pisadas del hombre de un lado al otro del vestíbulo antes de poder verlo. Mientras cruzaba el rellano hacia las escaleras, Nicole imaginó a un obeso hombre de mediana edad, así que la desconcertó ver a un hombre alto y fuerte, de cabello oscuro, vestido elegantemente. Aunque la ropa de marca hubiera dejado de interesarle, Nicole seguía distinguiendo un traje de corte impecable y paño exquisito, tan perfectamente adaptado al cuerpo que tenía que haber sido hecho a mano. Las hombreras le daban un aspecto atlético que Nicole estaba segura que no poseía al natural. David resultaba impresionante con aquel tipo de traje, y no lo era tanto cuando se

desvestía.

Aquel pensamiento le hizo apretar los dientes. Constantemente encontraba motivos para criticar a su ex prometido, y eso que en el pasado lo había considerado perfecto. ¡Qué estúpida había sido!

Súbitamente, el hombre dejó de recorrer el vestíbulo como un animal enjaulado y miró hacia arriba.

Por primera vez en cuatro meses, Nicole se sintió agradecida a Alistair por haberle hecho hacer un curso en protocolo, autocontrol y disciplina, porque nunca los había necesitado tanto como el momento en que sus ojos se cruzaron con los del desconocido, azules y fríos como el hielo. Pero lo que la sacudió de arriba abajo no fue tanto ese detalle como la animadversión con la que la observaron.

Durante una fracción de segundo, estuvo a punto de titubear, pero al instante compuso una espléndida sonrisa y siguió bajando las escaleras, fingiendo no percibir que la miraba como si fuera su peor enemigo, y sin dejar de elucubrar quién podía ser.

Su caro traje y su cabello negro, que tocaba el cuello de su camisa, indicaban que no se trataba de un empleado del banco que había embargado la casa. Sus facciones marcadas y una nariz que parecía haberse roto en alguna ocasión, así como una sombra de barba que oscurecía su masculino mentón, le daban un aspecto rudo. De haber llevado otro tipo de ropa, lo habría clasificado como un trabajador manual. Alguien con fuerza física y muy peligroso. Un pirata.

—Siento haberte hecho esperar —dijo Nicole, sonriendo.

Russell tuvo que contener una carcajada. Las mujeres como ella no sentían la necesidad de disculparse. Ser rica y hermosa era una combinación perfecta. De hecho era irritante que fuera tan hermosa, y que le resultara igualmente atractiva vestida que desnuda. Tenía unos espectaculares ojos verdes, como su madre, y Russell intentó en vano descubrir las facciones que la identificaban como hija de su padre.

—¿Y tú eres…? —continuó Nicole, tendiéndole la mano.

—Russell McClain —dijo él, estrechándosela precipitadamente para limitar en la medida de lo posible cualquier contacto físico con ella.

—El nombre me suena. ¿Nos conocemos?

—No.

—¡Ah, ya sé! —dijo ella con una sonrisa que hizo sentir a Russell un nudo en el estómago—. ¡Eres el McClain que aparece en todos los letreros de SE VENDE! ¡Inmobiliaria McClain!

—Así es.

—Así que te han contratado para vender la casa.

—No.

—Entonces —Nicole pareció desconcertada—. ¿Qué haces aquí?

—Resulta que desde hace una hora esta casa y su contenido me pertenecen.

En lugar de darle la satisfacción de mostrarse abatida, Nicole sólo reflejó sorpresa. ¿Por qué no estaba más afectada? La respuesta inmediata fue: seguía en contacto con su padre y éste la había puesto sobre aviso.

—Pensaba que se iba a subastar —dijo Nicole—. Sólo estoy aquí para recoger mis cosas.

—¿Por qué no te las has llevado ya?

—No he sabido lo que pasaba hasta hace un par de días. Estaba en el extranjero. En cuanto mi madre llamó, tomé un vuelo. Llegué de madrugada y, como no pensaba que pudiera causar ningún problema, no pude resistirme a descansar un rato. Estaba agotada.

Russell la imaginó al instante en algún lugar exclusivo de vacaciones, como la Riviera o las islas griegas. Eso explicaba el tono dorado de su piel.

—Prometo que no tardaré —Nicole volvió a dedicarle una luminosa sonrisa que lo dejó sin aliento—. Tranquilo, no pienso robar la plata —bromeó.

Russell hizo un último esfuerzo por odiarla.

—Deduzco que tienes un juego de llaves —dijo con frialdad.

—Lo dejaré al marcharme. Podemos elegir un escondite.

—Prefiero esperar y que me lo des en persona.

Ella se encogió de hombros y mostró una leve irritación por primera vez.

—Si insistes…, pero puede que tarde un poco.

—Tengo tiempo.

Nicole apretó los labios.

—¿No crees que es una tontería?

—Sólo pretendo quedarme tranquilo.

—No voy a llevarme más que aquello que me pertenece.

—Y yo sólo cuido aquello que me ha costado veinte millones.

—¡Veinte millones! Y yo que creía que eras un avaricioso oportunista…

—No me gusta aprovecharme de las desgracias ajenas —masculló Russell.

—En ese caso, podrías ser más comprensivo. ¿Piensas mudarte ahora mismo?

—No.

El rostro de Nicole volvió a iluminarse con una arrebatadora sonrisa.

—No pienso robarte nada.

—No tengo ni idea de lo que eres capaz de hacer.

Nicole puso los brazos en jarras.

—¿Por qué te caigo tan mal? Siempre pensé que los agentes inmobiliarios tenían que ser simpáticos.

—Yo no quiero venderte nada.

Nicole suspiró.

—Escucha, entiendo que te haya pillado por sorpresa encontrarme aquí, sobre todo cuando ni siquiera sabías de quién se trataba.

—Pensaba que eras una *okupa* —admitió Russell.

—Pero saber que se trataba de mí no te ha tranquilizado. Cuando he bajado, me has mirado como su fuera una arpía.

«Porque te deseaba. Porque sólo podía pensar en poseerte».

Al sentirse excitado, Russell se dio cuenta de que permanecer más tiempo en compañía de Nicole sería masoquista. Tenía que marcharse.

—Eso es fruto de tu imaginación, pero tienes razón —dijo al fin, dedicándole una cálida sonrisa que reservaba a sus clientes—. Estoy actuando irracionalmente. Por favor, tómate tu tiempo y quédate una noche más si lo necesitas. Puedes dejar las llaves en la oficina de la calle Bondi mañana a cualquier hora.

Nicole pareció desconcertada por su radical cambio de actitud. Russell aprovechó ese momento para marcharse.

—Adiós —hizo un seco gesto con la cabeza—. Ha sido un placer.

Capítulo 5

—No entiendo por qué cambió de opinión tan súbitamente —dijo Nicole a Kara mientras llevaban otra carga al coche. Eran las once del día siguiente—. Fue muy desconcertante.

Kara le lanzó una mirada especulativa.

—¿Te gustó?

—¡En absoluto! Fue un grosero.

—Te gustó —afirmó Kara en lugar de creerla.

Nicole suspiró.

—Puede que sí —admitió. Pero no comprendía cómo era posible.

—¿Era muy guapo? —preguntó Kara mientras subían las escaleras por enésima vez.

—Para ti, no —Nicole sabía que a su amiga le gustaban los hombres menudos—. Demasiado alto y macho.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Russell McClain, el de la inmobiliaria.

—Ni idea. Ya sabes que a mí los negocios no me interesan.

No hacía falta. Kara era una rica heredera que no necesitaba trabajar para vivir. Nicole sabía que su amiga llevaba una vida superficial, como había sido la suya en el pasado, pero eso no impedía que siguiera queriéndola y que supiera que tenía un gran corazón.

—¡No tiene sentido que me lleve todos estos trajes! —exclamó Nicole al entrar en el vestidor y descolgar varios vestidos de fiesta—. No pienso volver a usarlos.

—No sé por qué no. Son preciosos, cariño, y no hace falta que te vistas como una pordiosera para hacer una labor social. Tampoco tienes que vender todas tus joyas. Son maravillosas. Lo que necesitas —continuó mientras bajaban las escaleras—, es un marido asquerosamente rico que te mantenga y que te deje hacer lo que quieras.

—Para poder hacer lo que él quiera —dijo Nicole con dureza—. No tengo ningún interés en casarme con un millonario.

—Megan va hacerlo.

—¿Qué Megan? ¿La que dibujaba bien?

—Esa misma.

—¿Con quién se casa?

—Con James Logan.

Nicole arqueó las cejas con sorpresa. James Logan era el dueño de Images, la mayor empresa de Sidney de publicidad. Había coincidido

con él en varias ocasiones y, a pesar de que era extremadamente guapo, no le había gustado.

—¿No estuvo casado con la modelo Jackie Foster? —preguntó, ya en la puerta.

—Sí, se divorciaron hace un par de años. Dicen que con el dinero del divorcio se ha comprado una casa en Acapulco y que sale con alguien. Las mujeres como ella nunca están solas —dijo Kara con cierta amargura.

—Ni los hombres como él —replicó Nicole en el mismo tono—. Me pregunto qué ve en Megan —dejó los vestidos sobre el montón que ocupaba el asiento trasero.

—No sé —Kara se encogió de hombros—. Pero él es conocido como el rey de las transformaciones, así que puede que casi no la reconozca cuando la vea el sábado en el altar —cerró la puerta—. ¿Ya está todo?

—Eso creo. ¿Cómo es que has recibido una invitación? Que yo recuerde, no erais especialmente amigas.

—Su madre y la mía juegan juntas al bridge. ¿Quieres venir? Sé que les han fallado algunos invitados y será fácil conseguir una invitación.

—La verdad es que no me apetece, Kara.

—Venga, no seas boba. Acudirá toda mi familia. Y espero que sigas pensando en quedarte a dormir en casa el sábado por la noche.

Nicole no quería molestar a los padres de Kara, pero necesitaba algo de tiempo para vender sus joyas y su ropa. Conocía una tienda de segunda mano de ropa de lujo que se quedaría con todo su vestuario.

—¿Qué dices? —insistió Kara—. ¿Puedo asumir que aceptarás?

—Sí —confirmó Nicole—. Si estás segura de que a tu madre no le importa —le preocupaba que, a causa de lo ocurrido con Alistair, sus conocidos prefirieran no relacionarse con ella.

—Por supuesto que no. Sabes que mamá te adora. Así que quedamos en que vienes a la boda. Aunque sólo sea por la comida, te conviene. Necesitas engordar un poco —dijo Kara, que estaba un poco rellenita—. Y hasta puede que conozcas a un hombre maravilloso que te haga volver a Sidney. Te echo de menos. Esta ciudad no es la misma desde que nos falta tu alegría de vivir.

—Mi alegría de vivir desapareció hace cuatro meses.

—Pues ya es hora de que la recuperes en la boda de Megan.

—Lo dudo, pero iré a cambio de que me hagas un favor.

—¿Cuál?

—Llevar las llaves de casa a la oficina de McClain. No quiero volver a verlo.

—¡Cobarde! —dijo Kara sonriendo con picardía.

*

—No tenías de qué preocuparte —dijo Kara media hora más tarde —. Se había ido a jugar al golf. Pero le había pedido a la recepcionista que le enviara un mensaje en cuanto las devolvieras.

—Y supongo que obedeció. Debe de ser un tirano. ¿Él contestó algo?

—No esperé a averiguarlo, pero para no querer volver a verlo pareces muy interesada.

—Sólo quiero asegurarme de que no vuelve a ponerse en contacto conmigo.

—¿Cómo podría hacerlo? No sabe dónde te alojas, ¿no?

—No.

—Entonces puedes estar tranquila. Es imposible que coincidas con Tirano McClain en una ciudad de cuatro millones de habitantes.

Russell leyó el mensaje con aparente indiferencia, pero tuvo que hacer un esfuerzo para relajar los hombros mientras Hugh y él avanzaban hacia el siguiente *tee*. Estaba disfrutando del juego y le estaba sirviendo de distracción para olvidar el frustrante encuentro del día anterior con Nicole Power. Además, iba un golpe por delante, lo cual era excepcional, dado que Hugh era muchísimo mejor jugador de golf que él.

Se arrepintió de haber pedido a Barbara que le avisara cuando las llaves fueran devueltas porque sólo había servido para revivir recuerdos que había pasado la noche tratando de borrar. Sus hormonas le habían impedido dormir, lo que le había llevado a la conclusión de que necesitaba sexo y que tendría que seducir a alguna mujer en la boda de James.

Pero, por el momento, tenía que ganar un partido de golf.

—Eres consciente de que Jimmy no ama a Megan —dijo Hugh cuando Russell se colocaba para tirar—. Sólo va a casarse con ella porque está embarazada.

Russell dejó el palo en el aire y lanzó a Hugh una mirada de exasperación.

—Si lo que intentas es distraerme, has elegido el tema equivocado. Ya lo sabía.

Russell debía haber imaginado que Hugh lo desaprobaría. Eran amigos desde los tiempos de la facultad y, de los tres, Hugh era el más romántico a pesar de tener la merecida reputación de playboy.

—¿Lo ha admitido? —preguntó, indignado.

—No ha sido necesario. Los dos sabemos que sigue enamorado de Jackie y que se casa con Megan para tener lo que ella no pudo darle: una familia —explicó Russell, que no veía nada censurable en la actitud de James.

—Está de viaje de negocios —dijo Hugh frunciendo el ceño—. ¿No habrá ido a visitar a esa arpía, verdad?

A Hugh nunca le había gustado Jackie. Siempre había pensado que era una cazafortunas.

—Que yo sepa, no —dijo Russell, pero no podía asegurarlo. Desde su divorcio, James había desarrollado una frialdad que superaba a la suya.

La manera en que había seducido a Megan era un claro ejemplo. La había cortejado con una pasión que hasta había engañado a Russell, pero en cuanto se anunció el compromiso de boda, hacía seis semanas, es decir, al día siguiente de que Megan le anunciara que estaba embarazada. James había desaparecido y no iba a volver hasta aquel mismo día, el anterior a su boda.

Russell sospechaba que su amigo había planeado el embarazo. Habría querido asegurarse de que su nueva mujer, al contrario que la primera, podía tener hijos. Cuando Jackie había descubierto que no era fértil, había insistido en divorciarse de James y había rechazado su sugerencia de probar con la inseminación artificial, o la posibilidad de una adopción. Russell no había visto pasarlo tan mal a su amigo nunca. Y eso que apenas había expresado sus sentimientos. James era un hombre de pocas palabras al que no le gustaba compartir sus problemas, sino superarlos. Por eso encajaba que hubiera elegido a Megan, la mujer más dulce que Russell conocía, para casarse.

—Claro, a ti no te importa porque no eres el padrino y no tienes que hacer un discurso sobre el amor que siente James por Megan —protestó Hugh.

—¿Podríamos dejar esta conversación hasta que dé a la bola? —dijo Russell, antes de golpear la bola y lanzarla unos veinte metros más adelante que la de Hugh.

Este silbó.

—¡Menudo día tienes hoy! ¿Estás cargado de testosterona o qué?

—Puede que sí —dijo Russell, invocando al instante la imagen de una mujer rubia duchándose—. Será mejor que te lo cuente. Ayer compré la casa de Alistair Power.

A Hugh no le sorprendió. Tanto él como James conocían los sentimientos de Russell hacia Power. Los tres habían compartido habitación en la residencia universitaria cuando su padre se había

suicidado. Luego Russell les había contado que había ido a buscarlo. Aunque nunca habían hablado de ello, los dos amigos sabían que la venganza había sido el motor que había llevado a Russell a la cumbre.

—¿Cuánto has pagado por ella? —preguntó Hugh.

—Veinte millones.

—Habrías pagado incluso el doble.

—Probablemente.

Hugh ladeó la cabeza con expresión reflexiva.

—¿Hasta qué punto has sido responsable de lo que ha sucedido a la empresa de Power?

—Su avaricia lo ha llevado a la ruina. Yo sólo le he dado un empujoncito —dijo Russell.

—Lo imaginaba —dijo Hugh—. ¿Y lo das por concluido, Russ?

Éste se encogió de hombros.

—No puedo hacer nada más. Power ha escapado, y supongo que está en las Bahamas bebiendo pina colada.

—Olvídalo. Es hora de mirar hacia adelante.

—No es tan sencillo. Conseguir vengarse de un malnacido puede llegar a convertirse en un hábito.

—Ya lo sé, por eso mismo debes intentarlo.

—¿Y qué sugieres que haga?

—Podrías establecer una relación estable; quizá plantearte tener uno o dos hijos…

Russell miró perplejo a su amigo.

—¿He oído bien? ¿Sugieres que haga lo mismo que James? ¿Casarme aunque no esté enamorado?

—¿Por qué tiene que ser un matrimonio sin amor? Que yo sepa nunca le has dado la oportunidad a una relación sentimental. Podrías sorprenderte gratamente.

—Yo nunca me sorprendo. Soy como tú: no sé ni de amor ni de compromisos. Pero ya hemos hablado suficiente de mí, volvamos a tu problema como padrino. ¿Por qué no centras el discurso en el amor que siente Megan por James? —sugirió Russell al tiempo que metía el hierro en la bolsa—. Al menos así no mentirías. Luego, puedes concentrarte en lo guapa que está la novia. Nadie notará que no mencionas los sentimientos de James. Deja que sea él quien mienta. Se ve que se le da bien.

—No entiendo nada —dijo Hugh mientras avanzaban hacia el siguiente hoyo—. Pensaba que esta boda te parecería mal. Siempre dices que hay que ser honesto.

—Se puede ser honesto de distintas maneras. A veces una mentira piadosa es incluso mejor. James será un buen esposo y un buen padre.

Megan nunca sabrá que su corazón no le pertenece.

—Yo no estaría tan seguro. Jim debería haberle dicho la verdad desde un principio. Megan se habría casado con él de todas formas.

—Lo dudo. Una mujer tan sensible como Megan no habría querido vivir si amor.

Hugh suspiró.

—El matrimonio es un arma de doble filo, sobre todo si hay dinero de por medio. Yo no pienso casarme nunca.

—¡Menuda novedad!

—Uno debe aprender de sus experiencias y de su pasado —dijo Hugh con solemnidad—. Soy igual que mi padre: necesito variedad, me aburro enseguida de las mujeres. Afortunadamente, al contrario que él, sé que no debo coleccionar ex esposas. Tiene suerte de que sólo mi madre tuviera hijos o para ahora estaría arruinado.

Russell rió.

—Lo dudo. Tu padre es multimillonario.

—Eso es lo de menos. Para ser tan inteligente, el sexo lo ha convertido en un completo idiota. Yo he aprendido la diferencia entre el deseo y el amor, y soy consecuente.

—¡Te mereces una medalla!

Hugh lanzó dardos a Russell con la mirada.

—¿Sabes que puedes ser insoportablemente cínico?

—Sí.

—Además de un hipócrita. Me criticas y sin embargo, te comportas como yo.

—Los dos somos unos verdaderos cerdos con el sexo débil.

—No tanto como Jimmy. Tengo un mal presagio respecto a este matrimonio, Russ. ¿Crees que es demasiado tarde para convencerle de que lo anule?

—Yo ya lo he intentado.

—¿Y?

—Ya conoces a James. Es un cabezota. Y ahora, ¿te importaría dejar el tema y jugar al golf?

Hugh se encogió de hombros con gesto de resignación. Russ tenía razón: Jim no prestaba atención a los consejos. Pero era una lástima. En opinión de Hugh, Megan era un encanto. Eso no significaba que fuera su estilo. A él le gustaban con más carácter.

Y en el presente había una mujer en su vida que lo tenía, y en exceso. Se trataba de su ayudante personal, Kathryn. ¡Era una tirana! Exigía que pasara por el despacho a diario, y daba muestras de enfado si no lo hacía. En los últimos días, Hugh había ido a trabajar sólo por evitar que le diera la lata. No era de extrañar que Russell le estuviera

ganando. ¡Llevaba una semana sin jugar al golf!

La situación era insostenible. Tendría que despedirla. El problema era que, como empleada, era perfecta, inteligente y responsable, siempre puntual.

Su novio era digno de compasión. Sería una esposa insoportable, controladora y exigente. Eso no significaba que no fuera a tener ciertas compensaciones. Kathryn era, sin ninguna duda, una de las mujeres más sexys que había conocido en su vida. Ni guapa, ni exuberante. Básicamente, sexy.

—Has pasado tu bola de largo —dijo Russell.

—¿Qué?¡Ah, sí!

—Ahora entiendo por qué estoy ganando. Tienes la mente en otra parte. ¿De qué se trata? ¿De una mujer?

—Algo así.

—¿Qué pasa, no consigues llevártela a la cama?

Una idea se iluminó en el cerebro de Hugh. Hasta aquel instante no había adivinado por qué había contratado a Kathryn Hart, ni por qué empezaba a pensar en que debía despedirla.

—Acabas de dar en el clavo, Russ —masculló. ¿Cómo era posible que se hubiera dado cuenta antes?—. Eso es lo que tengo que hacer.

—Seguro que lo consigues —dijo su amigo—. Siempre lo consigues.

Capítulo 6

Nicole dio tal exclamación de sorpresa que Kara se volvió a mirarla.

—¿Qué pasa?

—Es él —susurró Nicole.

—¿Quién?

Kara siguió su mirada y vio a los tres hombres que estaban al final del pasillo central.

—Como no pueden ser ni el novio ni Hugh Parkinson, al que todos conocemos, debe tratarse del otro. No lo reconozco.

—Habías dicho que era imposible que nos encontráramos —masculló Nicole.

—¿Russell McClain?

—Exactamente.

Extremadamente atractivo en un chaqué negro, pensó.

—Es más guapo de lo que pensaba.

—Será por el chaqué.

—No a todos los hombres les sienta igual de bien. Aunque a Leyton, sí —dijo Kara, enlazando su brazo con el del hombre que estaba a su lado, el último de sus novios.

—¿Yo sí qué? —preguntó Leyton, distraído.

Kara nunca le había dado especial importancia a la inteligencia; todo lo contrario que Nicole.

—Nada —dijo Kara, dándole una palmadita en la mano.

La llegada de la novia interrumpió el cuchicheo, aunque Nicole no logró apartar la mente de Russell McClain hasta que la vio avanzar hacia el altar.

Megan no había cambiado radicalmente, pero estaba preciosa con un vestido marfil palabra de honor, de corpiño bordado y una larga cola. Una diadema sencilla con rosas naturales le sujetaba el velo en la cabeza, retirándole el cabello oscuro de su preciosa cara discretamente maquillada; un exquisito collar de perlas adornaba su esbelto cuello.

—¿No está guapísima? —dijo Kara.

—Preciosa —dijo Nicole.

En cuanto la ceremonia dio comienzo, su pensamiento volvió a McClain. Afortunadamente, estaba junto al padrino y miraba al altar. Pero era cuestión de tiempo que la viera.

La ceremonia fue sencilla y muy tradicional. Cuando concluyó, los novios y los testigos se retiraron a la sacristía para firmar el registro.

No tardarían en salir.

—Voy a tomar el aire —dijo Nicole—. Tengo calor.

Antes de que Kara pudiera detenerla, salió y se refugió tras un gran roble que ocupaba el centro del claustro y que le serviría de escondite y le daría sombra, en aquel extrañamente caluroso día de noviembre.

Una gran carcajada y un creciente murmullo le indicó que los invitados salían de la iglesia. Nicole permaneció oculta tras el tronco del árbol, pero lanzó varias miradas furtivas al hombre hacia el que, muy a su pesar, se sentía atraída.

Cuando los novios y los padrinos se hubieron marchado, Nicole fue al encuentro de Kara.

—¿Dónde te habías metido? —exclamó su amiga—. ¿Qué haces ahí? Vamos a la recepción. Y ni se te ocurra sugerir que te lleve a casa, porque está demasiado lejos.

—Puedo tomar un taxi —dijo Nicole, que había conseguido algo de dinero con la venta de parte de su vestuario.

—A mamá no le gustaría, y a la madre de la novia, menos. No puedes huir, y la verdad es que no estoy segura de que eso sea lo que quieres. Tu McClain es muy atractivo, si es que te gustan los hombres tipo gladiadores. Y por si te interesa, no tiene el menor interés en la dama de honor a pesar de que ella se lo come con los ojos.

—¿Cómo lo sabes? —Nicole había sentido celos de la atractiva pelirroja cuyo escote dejaba a la vista un espectacular busto.

—Porque, al contrario que el resto de los hombres, no le ha dirigido ni una sola mirada a la pechuga —dijo Kara.

—Por mí puede mirar lo que quiera —dijo Nicole con indiferencia.

—Venga, Nickie, sabes que a mí no me engañas. Ese tipo te gusta.

—No estés tan segura.

—Pues lo estoy. No entiendo qué te pasa. En los viejos tiempos, habrías ido hasta él y lo habrías seducido.

—Eso era en los viejos tiempos —dijo Nicole, consciente de que Kara tenía razón. Solía sentirse muy segura de sí misma y de su habilidad para seducir al sexo opuesto, pero las palabras de David habían sembrado en ella la inseguridad.

—El problema con las mujeres como tú —había dicho—, es que creéis que a un hombre le basta con que seáis hermosas, pero no es cierto. Lo que nos gusta son las mujeres apasionadas, no bellas estatuas que esperan que nosotros lo hagamos todo. Si crees que siento que hayas roto el compromiso, estás muy equivocada. Puede que seas espectacularmente guapa, pero en la cama eres terriblemente aburrida.

A partir de ese día, cada vez que un hombre la miraba con interés,

Nicole salía huyendo.

En ese preciso instante, se dio cuenta de que la mirada de Russell McClain cuando se conocieron no era sólo de odio, tal y como había creído, sino también de otro sentimiento de muy distinta naturaleza: el deseo.

Y lo peor era que en aquella ocasión Nicole no sentía el impulso de huir. A pesar del temor a sufrir una humillación y de estar segura de que no tendría la suficiente confianza en sí misma como para hacerlo, ansiaba acercarse a él y seducirlo.

Kara dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—¿Qué voy a hacer contigo? Ese imbécil tendría que pagarlo caro.

Nicole pestañeó.

—¿Qué imbécil?

—David, por supuesto. ¿En quién pensabas? No llamaría imbécil a McClain. Después de todo, acabó tratándote bien.

—Supongo que eso es cierto.

—Te preocupas demasiado. Vámonos. Leyton debe de estar ya en el coche y se preguntará qué estamos haciendo.

Nicole siguió a su amiga a regañadientes mientras se repetía lo estúpida que había sido al acceder a acudir a aquella boda. Al mismo tiempo, no podía negar que sentía cierta emoción ante la perspectiva de volver a encontrarse con Russell McClain.

Afortunadamente, tenía buen aspecto. A primera hora, había ido con Kara a la peluquería y luego se había dedicado al resto del cuerpo. El maquillaje había llevado casi una hora, pero el resultado final había valido la pena.

Llevaba uno de los pocos vestidos que se había quedado. Era verde pálido, de línea imperio, y le llegaba hasta la rodilla. No era adecuado para una boda de la alta sociedad, pero siempre había sido uno de sus preferidos.

Aunque había pensado en no llevar ninguna joya, Kara le había obligado a ponerse el conjunto de collar y pendientes de esmeralda y diamantes que Alistair le había regalado al cumplir veintiún años.

—Es una boda de sociedad, cariño —le había dicho Kara, impaciente—. Si no vas a llevar un vestido apropiado, al menos debes lucir joyas y un calzado decente.

Los zapatos italianos que Kara le había dejado eran una preciosidad, con tiras de pedrería que se cruzaban en el tobillo, afianzando el pie sobre unos altísimos tacones. Como no admitían medias, Nicole se había puesto una crema bronceadura para igualar el tono de sus piernas al bronceado que había adquirido en Tailandia en el resto del cuerpo.

—Ni se te ocurra quedarte sentada en una esquina —dijo Kara en el coche, de camino al club náutico en el que tendría lugar la celebración—. Quiero verte bailando y pasándolo en grande.

—¿Con estos zapatos?

—Los zapatos jamás te impedían bailar en el pasado. Y tienes que prometer que, si alguien te invita a bailar, aceptarás.

—¿Sabes que puedes ser terriblemente mandona?

—Yo sí lo sé —dijo Leyton, animadamente.

—¿Lo prometes? —insistió Kara.

Nicole no necesitaba prometer nada porque sabía que, si Russell McClain la invitaba a bailar, no iba a ser capaz de rechazarlo. Lo más que podía hacer era rezar para que no lo hiciera.

Había algo en aquel hombre que la hacía desconfiar. Y ya había tenido suficientes hombres deshonestos en su vida.

—Está bien —dijo al fin—: Lo prometo.

Capítulo 7

Russell estaba recorriendo con la mirada las mesas de invitados en busca de una presa femenina cuando sus ojos se posaron sobre la mujer que le había arrastrado a la situación en la que se encontraba.

Su corazón y otras partes de su cuerpo reaccionaron al instante. ¿Qué demonios estaba haciendo Nicole Power en la boda de James?

Inspeccionó a sus acompañantes sin reconocer a nadie, pero tampoco eso era extraño. Al contrario que James y Hugh, que tenían una agitada vida social, la suya había estado dedicada a un solo objetivo: la venganza. Pero desde que conocía a Nicole ese sentimiento había sido sustituido por el deseo. Y cuanto más la miraba, más la deseaba. ¿Le habría visto? ¿Le estaría evitando? Hugh se inclinó hacia él y susurró:

—Veo que no quitas ojo a la atractiva rubia de aquella mesa. Puede que no lo sepas, pero es la hija de tu archienemigo.

—Sí lo sé.

Hugh frunció el ceño.

—¡No estarás pensando en seguir con tus planes de venganza! No puedes culparla por lo que haya hecho su padre.

Hasta ese instante, la atracción que Russell sentía por Nicole no le resultaba más que una emoción irritante, pero la posibilidad de utilizar esa atracción como un arma contra su enemigo no se le había pasado por la cabeza. Súbitamente, las palabras que había lanzado a Alistair Power años atrás adquirieron un nuevo sentido: había jurado desposeerlo de todo aquello que amara…

Y era evidente que debía amar a su hija. La noción era extremadamente tentadora…

—¿Qué sabes de ella? —preguntó bruscamente.

—Si crees que voy a ayudarte a seducir a esa pobre chica, estás muy equivocado —dijo Hugh.

—De «pobre» no tiene nada, Hugh. Juraría que lleva esmeraldas y diamantes de verdad, y el vestido no es precisamente barato. Puede que no sea responsable de los actos de su padre, pero está claro que nunca los censuró.

—No deberías estar tan seguro.

—Lo estoy. Y ahora dime qué sabes de ella.

Hugh suspiró.

—Estuvo prometida a David Porter a principios de año.

—¿El agente de bolsa?

—Sí.
—¿Qué pasó? ¿No era lo bastante rico?
—No tengo ni idea —Hugh se encogió de hombros—. Porter tiene fama de donjuán. Puede que Nicole se enterara y no le gustara saber que no sería la única.
—Lo dudo —Russell no podía concebir que nadie fuera infiel a Nicole. Si fuera suya, la mantendría aislada del mundo, reservándola exclusivamente para sí mismo.
—¿Cuándo empieza el baile? —preguntó bruscamente.
—Todavía falta un rato. Primero vienen los brindis, luego se corta la tarta, después los novios inauguran el baile con un vals y después el resto de los invitados pueden unirse a ellos.
Russell sonrió.
—Pareces un especialista en bodas.
—Recuerda que ésta es la segunda de James y que mi padre ha celebrado cuatro.
—Dudo que me invites a la tuya.
—Sólo me casaría si un marciano me abdujera y me obligara a hacerlo.
—¿Y esa mujer a la que todavía no te has llevado a la cama? Puede que para conseguirlo tengas que casarte con ella.
Hugh lo miró espantado.
—¿Casarme por sexo? Estás de broma. En estos tiempos, ningún hombre está tan desesperado.
Russell volvió la mirada hacia el objeto de su deseo. Él era un hombre y deseaba a Nicole Power desesperadamente, pero Hugh tenía razón. Uno no se casaba por sexo, pero ¿y por venganza? Una parte de su conciencia se rebeló contra esa idea, pero otra, más oscura, la encontró extrañamente excitante.
Entornó los ojos mientras recorría sus perfectas facciones, que aquel día resultaban aún más hermosas. Llevaba maquillaje y el cabello recogido en un moño. En conjunto, representaba el ideal de belleza femenina: una rubia seductora, capaz de tentar a cualquier hombre.
Y Russell se sentía más que tentado. Su cabeza daba vueltas con la cantidad de pensamientos obscenos que se sucedían en su mente. ¿Qué se sentiría al poseerla en cuerpo y alma, viendo la pasión reflejada en su mirada, oyéndole suplicar que la amara, consiguiendo enamorarla?
Por supuesto que no era más que una fantasía, pero si quería convertirla en realidad, tendría que entrar en acción. Sus labios se apretaron en un rictus mientras planeaba. Era obvio que no tenía

pareja en el momento, o habría acudido a la boda con ella, pero eso no era bastante. Él no era tan guapo como James o Hugh, era un chico de campo, un diamante en bruto, así que tampoco poseía el encanto de sus amigos.

En cambio, tenía mucho dinero. Y por mucho que tuviera la seguridad de que Alistair Power seguía manteniendo a su hija, él sabía que las mujeres como Nicole Power nunca se sentían lo bastante ricas. También favorecía su posición la urgencia con la que deseaba a Nicole.

En su experiencia, a las mujeres les gustaba sentirse deseadas incluso más que amadas. A menudo se sentían halagadas al saberse el objeto de un deseo incontrolable: «Te deseo desde el instante en que te conocí», era una frase que siempre le había resultado muy efectiva. Si la usaba en aquella ocasión, no sería una mentira.

Con un poco de suerte, esas palabras expresadas con la pasión adecuada le permitirían llevar a Nicole a su cama, donde conseguiría su total rendición por medio de sus artes amatorias.

Russell no pretendía competir con la reputación de casanova de Hugh, pero sabía cómo hacer el amor. Adoraba el cuerpo de las mujeres, tocarlo, besarlo; le gustaba la suavidad de su piel y su sabor dulce, sus curvas y sus recovecos. Las mujeres que pasaban por su cama raramente deseaban abandonarla. Por eso era esencial conseguir que Nicole probara la experiencia.

Russell estaba observándola y planeando su siguiente paso cuando ella súbitamente volvió la mirada hacia él.

En lugar de retirar la vista al instante, la sostuvo durante unos segundos antes de volverse a charlar con la rellenita morena que la acompañaba.

—Yo que tú me olvidaba de ella —dijo Hugh—. ¿Por qué no te ocupas de Kristy? La tienes rendida.

Russell hizo una mueca ante la mención de la dama de honor.

—Demasiado rendida para mi gusto —masculló.

—Si es así, y a no ser que te importe…

—Tienes el camino libre.

—Fantástico. ¡Vaya, ya es la hora del brindis y del discurso! Tal y como me sugeriste, me he concentrado en los sentimientos de Megan por James. Espero que no lo note.

—Lo dudo, está completamente enamorada.

Russell miró a la novia y luego a James, que interpretaba su papel de novio enamorado a la perfección. En la discreta y reducida fiesta de despedida del día anterior en la que los tres amigos tomaron unas copas, Hugh había evitado sacar el tema de su viaje al extranjero y de

su ex.

Russell sospechaba que algo había pasado entre James y Jackie por la mirada perdida que había observado en James cada vez que se quedaba pensativo y creía que ni él ni Hugh lo observaban.

Con un poco de suerte. James encontraría la felicidad junto a Megan e incluso podría llegar a enamorarse de ella con el tiempo. Aunque quizá ése era el tipo de pensamiento romántico de Hugh en el que él no creía. ¡Qué estupidez! James no se enamoraría de Megan, como él nunca se enamoraría de Nicole Power.

Russell era consciente de que con los años se había convertido en un hombre sin corazón. El plan de seducir a la hija de su enemigo era una prueba de ello. Considerar la posibilidad de casarse con ella era aún más cruel.

Pero eso era adelantarse a los acontecimientos.

Cabía la posibilidad de que Nicole lo rechazara, y en cierta medida Russell deseaba que lo hiciera. Porque si no lo hacía, le abriría el paso hacia un camino sin retorno. Relacionarse con ella era arriesgado, incluso peligroso. Podía pretender que era su presa, pero no por mucho tiempo. En cuanto Nicole advirtiera la atracción que despertaba en él, quizá fuera ella quien decidiera seducirlo.

Russell soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Hugh.

—De lo perversa que es la vida, amigo mío.

—¡Como si no lo supiera…! Pero no es la vida, sino las mujeres.

—Puede que tengas razón.

—La tengo, Russ, créeme.

Russell volvió la mirada hacia la mujer que se había convertido en su principal problema. Pero su silla estaba vacía.

Capítulo 8

Nicole se apoyaba en la baranda desde la que se divisaba la marina. El cielo estaba nublado, el aire caliente y húmedo. En la distancia, se veían rayos que anunciaban la tormenta que se esperaba para el final del día.

Nicole sabía que debía volver a la recepción, pero no podía resistir la mirada de aquel hombre posada sobre ella. Ni siquiera necesitaba mirarlo para saber que la observaba. Podía sentir sus ojos clavados en ella, quemándola como una caricia tan íntima, que había logrado endurecerle los pezones y humedecer su entrepierna.

Se había ocultado en el lavabo de señoras durante varios minutos antes de escapar al exterior, confiando en que el aire fresco devolviera a su cuerpo el sosiego que le faltaba. Pero el aire del exterior era aún más caluroso que el del interior.

Sintió su presencia incluso antes de oírlo, y se le puso carne de gallina.

—Volvemos a encontrarnos, Nicole —dijo él con dulzura al tiempo que se materializaba a su lado.

Nicole sujetó el bolso con fuerza. Se volvió lentamente a mirarlo, alegrándose de que no pudiera oír su corazón retumbar contra sus costillas.

—¿Te han dado las llaves? —preguntó con fingida calma.

Él la miró con una sonrisa que en cualquier otro hombre habría resultado cautivadora, pero que en él se acompañaba de una inquietante y fría mirada de depredador.

—Desde luego que sí —dijo—. Espero que hayas podido recoger de la casa todo lo que querías.

—Sí, muchas gracias.

—Me ha sorprendido verte. Supongo que eres amiga de Megan.

—Fuimos al mismo colegio —Nicole no estaba dispuesta a dar explicaciones, y menos si le hacían parecer una mujer desvalida y sin hogar.

—¿Qué haces aquí fuera? —preguntó él—. Te has perdido los brindis y los discursos.

Así que sabía en qué momento había desaparecido. La había estado observando y había elegido el momento de seguirla.

Nicole sabía muy bien el motivo, no tenía sentido engañarse. Hacía años que los hombres la seguían, y hasta lo sucedido con David, siempre le había gustado el juego de la seducción.

Pero eso era antes de que le dijeran que en la cama era una aburrida.

—Me dolía la cabeza —mintió.

—¿Has tomado algo?

—Sí —mintió de nuevo.

—¿Y?

—Ya me encuentro mejor.

—Sí es así, ¿quieres bailar? —preguntó Russell, clavando en ella sus ojos azules.

Nicole los encontraba irresistibles, poderosos, sexys…

—Preferiría quedarme aquí.

—Yo también. La música está lo bastante alta como para poder seguirla.

Sin dar tiempo a que Nicole reaccionara, Russell le quitó el bolso de la mano, lo dejó sobre la barandilla y la atrajo hacia sí.

—Siento haber sido tan grosero contigo el otro día —dijo con dulzura al tiempo que empezaba a moverse lentamente al compás de la música.

Nicole tragó saliva, pero no fue capaz de decir palabra. Su cabeza estaba demasiado acelerada tratando de controlar las reacciones físicas que aquel hombre despertaba en ella. Que la sujetara con más fuerza la llevó al borde del pánico.

—Tengo que confesarte una cosa —le susurró él peligrosamente cerca de sus labios—: Te deseé en el mismo instante en que te vi.

Nicole se separó de él bruscamente y lo miró con ojos desorbitados.

—Supongo que no es la primera vez que te dicen eso —continuó él —, pero créeme, yo no acostumbro a hacer declaraciones así. Por eso fui tan grosero inicialmente, porque la intensidad de lo que sentía me tomó por sorpresa. Y porque estaba seguro de que una mujer de una belleza tan exquisita estaría comprometida. Pero ahora que te he visto sola, he pensado que quizá estaba equivocado —la miró con expresión interrogadora—. ¿Tienes algún novio o amante en este momento? ¿Alguien en el extranjero?

Nicole seguía sin poder articular palabra, pero negó con la cabeza. La satisfacción que brilló en los ojos de él fue a un tiempo excitante y perturbadora.

—Entonces puedo tomarme la libertad de decir que al verte esta noche mi interés se ha incrementado. De hecho, te deseo más de lo que he deseado a ninguna otra mujer en toda mi vida.

La pasión en su voz y en su mirada hizo que a Nicole le diera vueltas la cabeza.

—Me dejas sin aliento —dijo él en apenas un susurro al tiempo que le sujetaba la barbilla y alzaba su rostro hacia él.

El beso que le dio no fue delicado, sino voraz, y a Nicole le encantó sentir la salvaje invasión de su lengua y la presión de sus labios contra los de ella. Ni siquiera se planteó ofrecer resistencia, y a medida que el beso se prolongó, se dejó arrastrar hacia un punto sin retorno en el que la única idea nítida era el deseo que Russell despertaba en ella.

Cuando Russell separó sus labios de los de ella, Nicole dejó escapar un gemido de protesta. Él se quedó mirando sus labios entreabiertos y su mirada perdida y se preguntó si su rendición era sincera, si era él, Russell McClain, quien le hacía sentir de aquella manera.

Su entrega parecía tan sincera y tan instantánea, que parecía estar poseída por la misma pasión que lo devoraba a él. Pero resultaba extraño que la sosegada y fría belleza a la que había conocido hacía apenas unos días, se transformara en aquella mujer apasionada y llena de fuego.

Siempre cabía la posibilidad de que, como tantas chicas entregadas a la vida superficial y al lujo, hubiera consumido algún tipo de droga que la hubiera liberado de sus inhibiciones, aumentando su apetito sexual. O tal vez había bebido demasiado champán francés.

Por otro lado, podía darse la circunstancia de que hubiera tenido tiempo de reflexionar sobre su situación desde que había llegado a Sidney.

Tal vez se había dado cuenta de que su padre ya no podría mantenerla al nivel que acostumbraba y que necesitaba alguien nuevo en su vida que pudiera proporcionarle una inyección de dinero. De ser así, su actuación no iba dirigida a él como hombre, sino a Russell McClain, el millonario.

En cualquier caso, a Russell le daba igual cuál fuera el motivo de que Nicole lo mirara como si no pudiera esperar a meterse en la cama con él. Sólo le importaba conseguirlo. Nunca se había sentido tan excitado.

—¡Por fin te encuentro!

Russell tuvo que reprimir un gemido de rabia al ver a la morena rellenita con la que había visto hablar a Nicole.

—No te encontraba por ninguna parte —siguió la mujer, mirándolos alternativamente—. ¿He interrumpido algo, cariño? —preguntó a Nicole—. Basta que me lo digas para que me marche. Ya sabes que soy muy discreta.

Nicole se ruborizó hasta la raíz del cabello, lo que extrañó a Russell porque sabía que no era una reacción que pudiera fingirse. Quizá se trataba de un rubor de culpabilidad.

—Estábamos a punto de marcharnos —dijo él con firmeza.

La morena pareció sorprendida, pero no pareció que le molestara.

—¿Te importa, Kara? —preguntó Nicole, un tanto envarada.

—Claro que no. Marchaos y pasadlo bien. Te dejaré una llave debajo del felpudo, pero si no la usas no pasa nada. Si por la mañana tu cama no está deshecha, le diré a mi madre que has ido a desayunar con un guapetón que conociste en la boda. Encantada de conocerte, Russell.

Le dedicó una coqueta sonrisa y, dando media vuelta, se alejó con un sensual movimiento de caderas. Russell se preguntó qué le habría dicho Nicole de él. Obviamente, algo sabía.

Para cuando desapareció en el interior, Russell y Nicole ya no estaban solos en el muelle. Varias parejas habían salido a charlar y tomar el aire.

—Vámonos —dijo Russell, tomándola por la cintura y dirigiéndola hacia el aparcamiento.

—¿Adónde… adónde vamos? —preguntó ella, sin aliento, mientras iban hacia el coche.

—A un sitio privado —dijo él mientras descartaba mentalmente ir a su apartamento.

Había traslado bastantes cosas a la mansión de Belleview Hill y había dormido en la cama de Alistair Power la noche anterior, pero la experiencia no le había reportado la satisfacción que esperaba. Sin embargo, dormir en ella con la hija de su enemigo podría hacerle sentir de una manera muy distinta. Eso sí despertaría en él la sensación de la venganza cumplida a un nivel íntimo y personal.

Dio al mando para abrir las puertas del coche, abrió la puerta del pasajero y ayudó a Nicole a entrar.

—Esto es una locura —dijo Nicole cuando él se sentó tras el volante—. Apenas nos conocemos —añadió, lanzándole una mirada en la que no se veían trazos ni de drogas ni de alcohol, ni siquiera de motivaciones prácticas.

Parecía genuinamente sorprendida y alarmada por su comportamiento, lo que era desconcertante y podía dar lugar a problemas. Russell tenía que impedir que cambiara de opinión.

Metió la llave en el contacto antes de inclinarse hacia ella y tomarle el rostro entre las manos.

—¿Qué más necesitas saber que esto? —musitó antes de besarla, en aquella ocasión con delicadeza, saboreando el susurro que escapó de sus labios cuando los entreabrió para él.

Habiendo conseguido tenerla donde quería, no estaba dispuesto a perderla. La aprisionó contra el asiento y continuó besándola al mismo

tiempo que deslizaba la mano lentamente por su cuello hacia el valle entre sus senos. Una vez allí, levantó los labios de los de ella, para poder mirarle la cara y observarla mientras deslizaba la mano por debajo del vestido y la posaba sobre su seno. Quería ver su reacción, atisbar cualquier gesto de fingimiento.

Aunque ni siquiera eso tenía ya importancia. Si actuaba motivada por la avaricia, daba lo mismo. El final sería el mismo: se acostaría con ella aquella misma noche.

En cualquier caso, sentir a Nicole Power entregada y fuera de sí de pasión no dejaba de ser un aliciente.

Movió la mano y Nicole abrió los ojos de par en par, arqueando la espalda en cuanto él encontró su objetivo. Su pezón estaba tan duro como una piedra.

—No, detente —gimió ella cuando él lo presionó y lo retorció entre sus dedos.

Russell ignoró su débil protesta y continuó la presión hasta que Nicole respiró aguadamente. En ese momento, retiró el vestido hacia un lado hasta que el seno quedó expuesto, agachó la cabeza y continuó haciendo con la boca lo que había hecho hasta entonces con la mano.

La reacción de Nicole, prácticamente saltando del asiento, le dijo todo lo que necesitaba saber: había sido completamente espontánea. Era suya, podía hacer con ella lo que quisiera. Podía explorarla y explotarla. Podía hacerla suya, incluso casarse con ella. ¿Querría llegar tan lejos? ¿Verla recorrer el pasillo hacia el altar? ¿Quería llegar a ver no sólo pasión sino también adoración en aquellos increíbles ojos verdes?

Sólo había una respuesta a todas esas preguntas. Un rotundo sí.

Capítulo 9

Nicole cerró los ojos para protegerse del torbellino de sensaciones que sintió. «Sí», pensó cuando Russell mordisqueó su pezón. «Sí».

Apretó los puños y los clavó en el asiento al tiempo que se arqueaba para invitarle a seguir.

La súbita separación de Russell arrancó de su garganta un gemido de protesta y abrió los ojos. Él estaba mirándola en la oscuridad.

—Aunque me gustaría poseerte aquí mismo —dijo él con voz aterciopelada—, será mejor que esperemos a llegar a casa.

Una Nicole perpleja se incorporó en el asiento mientras él se erguía y arrancaba el coche. Al cabo de unos segundos, se dio cuenta de que seguía teniendo el pecho expuesto, todavía húmedo de saliva, e hizo ademán de cubrírselo.

—Déjalo —dijo él.

—No…, no puedo —dijo ella, balbuceante. Y se tapó.

—Como quieras, preciosa —Russell aceleró.

¿Cómo quieras? Nicole miró las manos fuertes y poderosas del hombre sentado a su lado y lo que quiso fue que volvieran a posarse sobre su cuerpo. Y su boca sobre sus senos…, y entre sus piernas.

Se estremeció ante la intensidad de su deseo. Russell la excitaba de una manera salvaje, perversa.

Estaba todavía sumida en esos pensamientos cuando el coche entró en el túnel del puerto, y se dio cuenta de que iban hacia su antigua casa, la mansión de Belleview Hill que él había comprado por veinte millones de dólares. Que esa cifra se le pasara por la cabeza le hizo recuperar en parte el sentido común, y recordar que había jurado no volver a relacionarse con hombres ricos. No sólo eran corruptos y amorales, sino que además no reparaban en nada para conseguir aquello que querían.

Russell McClain entraba en esa categoría. Bastaba con ver quiénes eran sus amigos: Hugh Parkinson, el perfecto casanova. En cuanto a James Logan… A Nicole le costaba creer que Megan pudiera llegar a ser feliz a su lado.

Así que cabía preguntarse con quién se dirigía ella en aquel momento a su antiguo hogar. Nunca había tenido aventuras de una noche. En el pasado se consideraba un premio valioso, digno de ser ganado. Su madre le había enseñado a no entregarse con facilidad. Y ella siempre le había hecho caso. Había salido con David dos meses antes de acostarse con él.

Pero David nunca había despertado en ella el mismo deseo que Russell McClain. Que fuera rico era irrelevante. Estaba dispuesta a arrepentirse a la mañana siguiente de lo que había hecho, pero cualquiera que fuese su reacción futura, en aquel instante nada de lo que hiciera o dijera impediría que aquel hombre hiciera con ella lo que quisiera.

Para cuando llegaron a su destino, Russell temía que su cuerpo lo dominara y le impidiera ejercer sobre sí mismo y sobre Nicole el control que había planeado.

El silencio de Nicole durante el viaje le había dado tiempo para pensar en el resto de la noche. El deseo que sentía por ella y la idea de acostarse con la hija de su enemigo era una mezcla embriagadora. No podía esperar a verla derretirse en sus brazos. Pero para conseguirlo, tendría que poner la necesidad de dar rienda suelta a su deseo en un segundo plano, a la vez que conseguía el objetivo de llevarla a la cama de Alistair Power para consumar la venganza definitiva.

—No tendrás a una novia o a una esposa escondidas en algún sitio, ¿verdad? —preguntó Nicole cuando cruzaban la verja.

Russell arqueó las cejas. Se trataba de una pregunta extraña en una mujer excitada, pero propia de alguien como Nicole Power, con una mente calculadora.

—Claro que no —dijo con sinceridad.

—No me mentirías, ¿verdad?

El tono en que hizo la pregunta hizo que Russell sintiera una punzada de culpabilidad.

—¿Por qué iba a mentirte? —preguntó entre dientes.

—Para acostarte conmigo.

Russell detuvo el coche delante de las escaleras del porche, apagó el motor y se volvió hacia ella.

—Nunca he tenido problemas para acostarme con ninguna mujer. Y nunca he necesitado mentir, Nicole.

Acarició su mejilla y lentamente trazó con sus dedos el perfil de sus labios. Ella los entreabrió y Russell supo que, si los deslizaba en su boca para que se los chupara, ya no podría responder de sus actos.

—No necesito mentirte —mintió al tiempo que bajaba la mano—. Eres una mujer adulta, Nicole. Has venido por voluntad propia, así que dejémonos de juegos y disfrutemos de esta noche como lo que somos, una mujer y un hombre en perfecta sintonía. Vamos, busquemos un lugar más cómodo.

Nicole no protestó cuando él la tomó de la mano y la condujo

directamente hasta el dormitorio principal, pero cuando la echó sobre la cama, abrió los ojos con expresión alarmada.

—¡No pensarás que voy a dormir en la cama de mi madre! —protestó, usando el bolso como escudo.

—Ahora es mi cama —dijo él, quitándoselo de las manos y dejándolo en la mesilla antes de abrazarla. Nicole no se resistió, pero pareció reticente. Él quería hacerle perder el sentido, que volviera al estado de trance que había alcanzado en el coche—. Vamos, Nicole. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—¿Y no son suficientes para que dejes de preocuparte de esas menudencias? Tu madre es una mujer de mundo. ¿De verdad crees que le importaría? —preguntó él antes de empezar a agachar la cabeza.

Para cuando sus labios la tocaron, ella pensó que probablemente tenía razón. De lo único que se preocupaba su madre era de darse la buena vida. Ni siquiera le importaba que su marido le fuera infiel.

Aun así, no le resultaba cómodo estar en su cama…

Sin embargo, cualquier inquietud que sintiera por el lugar en el que iba a hacer el amor con Russell se disipó en cuanto él la besó y encendió en ella la misma llamarada que la había quemado un rato antes. En cuestión de segundos, sólo fue capaz de pensar en que quería sentir sus labios y sus manos por todo el cuerpo.

Una leve protesta escapó de su boca cuando Russell la hizo incorporarse, abrió la cama y comenzó a desvestirla.

—No seas tonta —fue todo lo que hizo falta que él dijera para acallarla. Y acabó de desnudarla sin quitarle las joyas.

Ver que se separaba para mirarla hizo aumentar la excitación de Nicole. Aunque nunca se había avergonzado de su cuerpo, sentir la mirada devoradora de Russell recorrerla de arriba abajo como a una codiciada presa hizo que se le endurecieran los pezones, y provocó una deliciosa tensión en su vientre.

—Quítate las joyas —ordenó él con voz enturbiada por el deseo.

Nicole se quitó los pendientes torpemente, pero sus dedos no lograron soltar el cierre del collar.

—Ya lo hago yo —Russell se colocó detrás y Nicole sintió la piel erizársele allí donde él le tocó—. ¿Es un regalo?

—Sí —dijo ella sin aliento.

—Supongo que de un admirador. No, prefiero que no me contestes. No te he traído aquí para hablar de tus antiguas conquistas —dijo él, dejando el collar junto a los pendientes y haciéndole girarse para que lo mirara—. Para serte sincero, me gustas más sin ningún adorno —

añadió, volviendo a deslizar la mirada por todo su cuerpo.

Nicole no supo qué decir, así que dejó que la contemplara mientras su corazón latía desbocado. Él no hizo ademán de tocarla y mientras la miraba, ella sintió que la temperatura ascendía en la habitación y que la cabeza le daba vueltas. Cuando osciló y pareció perder el equilibrio, él le rodeó la cintura con un brazo y la sujetó con firmeza. Con la otra mano extendida le acarició los senos, frotándole los pezones hasta que Nicole creyó enloquecer.

—¡Por favor! —susurró.

El resplandor de un rayo acompañado del rugir de un trueno arrancó de sus labios un quejido muy distinto. Otro trueno hizo que se tensara. Russell detuvo sus caricias al instante y la observó, jadeante.

—¿Te dan miedo las tormentas? —le susurró al oído.

—Sí —dijo ella.

—A mí me encantan.

—¿Por qué?

—Porque traen la lluvia, y a los hijos de los agricultores nos gusta la lluvia.

Al sentir que Russell aflojaba el abrazo, Nicole lo miró con curiosidad.

—¿Tu padre era agricultor? —preguntó, al tiempo que se preguntaba cómo era posible que hubiera conseguido tener la agencia inmobiliaria más exclusiva de Sidney.

—Así es —dijo él distraído, barriendo la habitación con la mirada.

Cuando finalmente la volvió hacia Nicole, su expresión había perdido el fuego y la pasión de unos minutos antes y la observaban con frialdad. Aun así, sonreía, y un sensual escalofrío recorrió a Nicole.

—Dejémonos de charlas —dijo él, tomándola súbitamente en brazos— y concentrémonos en lo que hemos venido a hacer.

Capítulo 10

Russell la posó sobre la cama y la besó con una premeditada frialdad antes de ponerse de pie junto a la cama. Gracias a la tormenta, había recordado la razón por la que la hija de Alistair Power estaba allí. No se trataba de satisfacer su deseo físico, o al menos no exclusivamente, sino de cumplir otro objetivo mucho más importante: la venganza. Por eso debía actuar con lentitud y con la cabeza despejada.

Durante varios segundos se limitó a observar su hermoso cuerpo. Era toda una belleza tendida sobre su cama, con las piernas entreabiertas y los brazos levantados por encima de la cabeza.

Que de pronto viera una imagen de ella atada a la cama lo sacudió.

Nunca le habían interesado ese tipo de juegos y, sin embargo, imaginar a Nicole postrada, entregada y sin huida posible, incrementó su excitación hasta casi hacerle olvidar su propósito.

Necesitaba dominarse. No alcanzaría el triunfo si era él quien se convertía en la presa. Nicole era el instrumento de su venganza, aunque ella ni siquiera lo sospechara.

Apretando los dientes ordenó a su cuerpo que se controlara y luego, muy lentamente, se fue desnudando. Necesitaba ganar tiempo y que su cuerpo obedecería sus órdenes. Pero no fue tan sencillo. La visión de Nicole en la cama era demasiado excitante, y más aún saber que pronto sería suya.

Se produjo un nuevo relámpago seguido de un trueno. La tormenta se aproximaba. Era una metáfora de la tormenta que estallaría dentro de aquella habitación en unos minutos.

Nicole se estremeció al oír el trueno y ante la visión de Russell prácticamente desnudo.

Tenía un cuerpo magnífico. Era alto, de hombros anchos, con un estómago plano y musculoso; su piel tenía un precioso bronceado que le hizo pensar que tal vez hacia surf o nadaba.

Tenía una sombra de rizos negros sobre sus marcados abdominales. Las piernas, largas y torneadas, parecían las de una escultura griega.

Inevitablemente, Nicole lo comparó con David, quien a pesar de ser extremadamente guapo, no poseía un buen cuerpo, y menos cuando se desnudaba. De hombros estrechos, tenía una tripa fofa y la piel blanca.

Cuando Russell se quitó finalmente los bóxers, Nicole tragó saliva. Respecto a esa parte de su anatomía no había comparación posible

con David.

Y pensar de nuevo en su ex novio le hizo sentir un pánico súbito que la llevó a querer hablar en cuanto Russell se echó a su lado.

—Debería avisarte de que… —dijo precipitadamente.

—No quiero oírlo —dijo él—. Al menos por el momento —susurró y, tras dedicar unos segundos a ponerse un preservativo, se volvió hacia Nicole y la besó.

Y ya no pudo parar, especialmente cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y sujetándole la nuca lo mantuvo con firmeza pegado a su boca. Los sonidos que escapaban de su garganta llevaron la sangre de Russell a ebullición y derritieron su cerebro. El deseo se apoderó de su juicio a la vez que su mano se dirigía a la entrepierna de Nicole, cuyos quejidos de placer lo arrastraron al límite.

No hubo nada de premeditado cuando abrió las temblorosas piernas de Nicole y se adentró en ella. La venganza no ocupaba ningún lugar en su mente cuando sintió sus cálidos músculos cerrarse en torno a él, cuando separó los labios de los de ella con un profundo gemido, ni cuando se dio cuenta de que el corazón le latía en el pecho como un tambor.

Los ojos de Nicole lo buscaron y en ellos vio el deseo y algo más que no supo interpretar, quizá desconcierto, o una sorpresa que le resultó dolorosamente dulce. Daba la impresión de no haber experimentado nunca lo que sentía en aquel instante.

Apenas dos minutos antes, Russell se habría sentido victorioso, pero en aquel instante lo único en lo que pensó fue en que ella siguiera con aquella expresión en su rostro.

Mantuvo una lucha feroz consigo mismo para controlarse, y ganó.

Colocó las piernas de Nicole alrededor de su cintura y se meció dentro de ella con lentitud, sintiendo el placer de proporcionarle placer, ya olvidados los pensamientos de venganza.

Nicole no necesitó decir nada, su cuerpo hablaba por ella. Entreabrió la boca, las mejillas se le colorearon y comenzó a sacudir la cabeza de un lado a otro.

Cuando cerró los ojos con fuerza con un gemido y su interior se contrajo alrededor de Russell, éste supo que podía dejarse llevar.

Al instante la sujetó por las nalgas y la elevó hacia sí con fuerza, profundizando la penetración a la vez que el corazón le latía desbocado.

Nicole alcanzó el clímax y abrió los ojos con la respiración jadeante, manteniendo la expresión de haber sentido algo por primera vez y estar perpleja.

Russell sintió algo parecido cuando llegó a su propio clímax y lo

experimentó con una intensidad desconocida para él.

Exhausto, sintió la urgente necesidad de sujetar a Nicole contra sí, y cuando ella se asió a su cuello y apoyó la cabeza en su pecho con un suspiro, Russell pensó que podría quedarse en aquella postura para el resto de su vida.

Pero según fue pasando su excitación, aterrizó en la realidad de golpe.

La mujer a la que sostenía en sus brazos era Nicole Power, la hija del hombre al que había jurado destruir.

No se trataba de una inocente flor recién desvirgada, sino de una mujer de mundo que probablemente había tenido más amantes que vestidos. La probabilidad de que haberse acostado con él le resultara algo excepcional era prácticamente nula. Una cosa era que fuera bueno en la cama; otra, que lo fuera hasta ese punto.

Era más probable que Nicole hubiera decidido interpretar el papel de ingenua, imaginando que eso le resultaría halagador. ¿No había conjeturado unas horas antes que quizá estuviera a la caza de un marido rico?

«Vamos, Russell, déjate de sentimentalismos. No has traído aquí a la hija de tu enemigo para perder la cabeza y dejarte seducir por sus artes de hechicera».

En ese mismo instante, ella elevó hacia él sus inmensos ojos verdes y exclamó con expresión turbada y voz temblorosa:

—¡Ha sido increíble! ¡Verdaderamente increíble!

«Sí, claro», pensó él con cinismo, «y yo soy el rey de Inglaterra».

Russell casi rió, pero en el fondo sabía que había estado a punto de dejarse engañar por sus artes y olvidar que lo que buscaba era la venganza.

Eso sí que era increíble. Tendría que tener cuidado con ella. Nicole era distinta a todas las mujeres que conocía. Le hacía sentir cosas.

Tomó una decisión.

Tendría que conformarse con una noche de sexo como venganza.

La idea inicial de llegar a seducir a la hija de su enemigo y casarse con ella era demasiado arriesgada. Al día siguiente llevaría a Nicole a casa de su amiga y no volvería a verla nunca más. Entretanto, estaba decidido a comprobar hasta dónde estaba dispuesta a llegar para conseguirse un marido rico. Pero antes, tendría que ir al cuarto de baño.

—Volveré en unos segundos, cariño —dijo antes de incorporarse bruscamente.

Capítulo 11

Nicole tardó unos segundos en darse cuenta de lo que había sucedido. Aunque para ella hubiera resultado completamente increíble, la expresión del rostro de Russell y su precipitada ida al cuarto de baño indicaban que él no era de la misma opinión.

En retrospectiva, pensó que había actuado más como una virgen en su noche de bodas que como la mujer experimentada y de mundo que Russell creía haberse llevado a la cama. No sólo había dejado que, una vez más, fuera el hombre quien llevara la iniciativa, sino que a continuación se había quedado hecha gelatina y totalmente entregada.

La idea de que Russell estuviera en el cuarto de baño preguntándose cómo era posible que la hubiera deseado tanto para tan poco hizo brotar de su garganta un quejido. Al recuperar la capacidad de razonar le resultaba evidente que el sexo no había cumplido sus expectativas. Nicole gimió una vez más. ¿Por qué no habría insistido en que la poseyera en el coche tal y como había deseado?

Nicole se juró ser mucho más decidida y provocativa cuando Russell volviera del baño. No esperaría a ser tocada o besada, sino que tomaría la iniciativa.

Mientras seguía echada, concentrándose en la nueva Nicole que iba a emerger, estalló un rayo que iluminó el balcón al que daba el dormitorio. Casi al instante se produjo un rugido ensordecedor y Nicole sintió que la cama temblaba. A continuación se apagaron todas las luces.

Que no gritara ya fue un rotundo éxito de dominio personal. Pero para cuando oyó abrirse la puerta del cuarto de baño, se aferraba a la sábana con la que se cubría hasta el mentón.

—¿Estás bien? —preguntó Russell en la oscuridad.

—Sí —consiguió decir ella, intentado no sonar como un conejillo asustado.

—Voy a ver si sólo somos nosotros o si todo el vecindario se ha quedado sin luz —dijo él con frialdad.

Rayos sucesivos permitieron a Nicole ver a Russell caminando hacia las puertas de la terraza. Seguía desnudo, y pudo comprobar que tenía un trasero extremadamente sexy. Nicole se dio cuenta de que deseaba que todo Sidney se quedará sin electricidad para que así lo único que Russell pudiera hacer fuera volver a la cama.

—¡Maldita sea! —exclamó él tras abrir y cerrar precipitadamente una ventana—. ¡Hace un frío helador!

—Vuelve a la cama —se oyó sugerir Nicole, con el desparpajo que había intentado acumular en los últimos minutos—. Te calentaré en segundos —¡Dios mío! ¿Habría sonado demasiado atrevida?

—No lo dudo —dijo él con una seca risita—, y te aseguro que no pienso desaprovechar la oferta. Pero antes tengo que averiguar qué pasa con la luz.

Cuando abrió la puerta del balcón, Nicole oyó una lluvia pesada rebotar sobre distintas superficies. Los rayos habían cesado por el momento, dejando tanto el balcón como la habitación en una completa oscuridad.

—Parece que no se trata sólo de esta casa —dijo él al volver unos segundos más tarde—. Todo el vecindario está a oscuras, aunque en la ciudad se ve luz. También en el puerto y en la costa norte, así que James ha tenido suerte y no se ha estropeado la celebración de la boda. Lo que me hace recordar que…

Cuando abrió el edredón y se acostó a su lado, Nicole se tensó. Se trataba de un ataque de pánico de última hora y no de una reacción al frío, pero hizo lo posible por hacerle creer que era lo segundo.

—¡Pobrecito! —musitó, acurrucándose a su lado. Tuvo que concentrarse para que no le temblara la mano que posó sobre su pecho y que empezó a deslizar lentamente hacia abajo—. ¡Qué frío estás!

—No por mucho tiempo, te lo aseguro —replicó él en un tono que en la oscuridad sonó extrañamente tenso.

El corazón de Nicole dio un vuelco cuando sus dedos rozaron su sexo. Respiró hondo. Aquél era un territorio inexplorado para ella. Nunca había acariciado a un hombre de aquella manera. Y mucho menos, con la boca. Jamás había deseado tener la experiencia, ni se le había ocurrido que pudiera disfrutar haciéndolo.

Sólo pensarlo le causaba un escalofrío, pero en aquella ocasión no se debió a la repugnancia, si no al temor de hacerlo mal. Seguramente, Russell habría tenido decenas de amantes que habían alcanzado la perfección a base de práctica.

Nicole apretó los labios y se recriminó por ser tan pusilánime. Si no era perfecta, al menos podía intentar hacerlo lo mejor posible. No tenía más que pensar en un helado y, como de pequeña, conseguir que le durara lo más posible.

Cuando asió el miembro de Russell con la palma, él la sobresaltó con un gemido y Nicole alzó la cabeza para mirar hacia donde calculaba que estaba su rostro.

—¿No quieres que siga? —preguntó.

—Sabes bien que sí —mascculló él.

Nicole no lo sabía. Pero las palabras de Russell le dieron el empujón y le proporcionaron el valor que necesitaba para seguir adelante.

Incorporándose levemente, se inclinó sobre él. Russell gimió una vez más, pero en esa ocasión Nicole interpretó correctamente el sonido como excitación, y saberlo incrementó la que ella sentía. Súbitamente, la razón de hacer lo que iba a hacer ya no era la desesperación, sino el deseo. Quería hacer el amor a Russell con la boca. ¡Era increíble!

Russell intentó prepararse para las sensaciones que los labios de Nicole le provocarían, pero no sirvió de nada. Habría necesitado un ejército para defenderse de la embestida que sintió. Reprimió otro gemido cuando sus labios se cerraron a su alrededor, se arqueó y su cuerpo se perló de sudor.

Nicole se detuvo al instante, pero ni habló ni se separó de él. En la habitación se produjo un silencio sepulcral que duró varios segundos, hasta que la violencia de la necesidad que sentía obligó a Russell a hablar.

—¡No pares! —susurró en un tono más suplicante que autoritario.

Casi gritó al sentir que Nicole lo abarcaba por completo con su boca.

En su comportamiento ya no había nada de la ingenua inexperta. Toda ilusión de inocencia se había esfumado, sustituida por la mujer experta que se mostraba tras la máscara. Russell se preguntó a cuántos más hombres habría subyugado de la misma manera. ¿Estaría jugando con él?

«En cualquier caso, Russell, deberías relajarte y disfrutar de sus habilidades en lugar de darle vueltas a su pasado como si os uniera algún vínculo sentimental. Recuerda que la mujer que está ahí abajo es Nicole Power, la hija de tu enemigo. ¿Qué mejor venganza que conseguir que te proporcione este placer?»

No debería estar preocupado, sino sentirse victorioso, pero mientras su excitación se incrementaba y se acercaba al clímax no pudo evitar pensar que la víctima era él, no Nicole; que sería él el humillado y no ella.

Sin embargo… Las sensaciones que le estaba haciendo sentir eran tan exquisitas, que sólo podía rendirse para alcanzar un clímax desconocido para él hasta entonces. Estaba a punto de alcanzarlo, tan cerca… Cerró los ojos con fuerza a la vez que se dejaba llevar y sentía su piel estallar al tiempo que su cuerpo se sacudía de placer. Sintió los labios de Nicole apretándole.

No había vuelta atrás y ya no tenía sentido dominarse.

Curiosamente, ni siquiera se sentía humillado. Sólo como si flotara, en paz.

—¡Ha sido increíble! —se oyó repetir las palabras que antes había dicho Nicole.

Pero aún más increíble fue la oleada de ternura que lo invadió cuando él acarició su cabeza. Estaba exhausto, el sueño se apoderaba de él.

—¡Qué hermosa eres! —fueron sus últimas palabras antes de caer dormido.

Capítulo 12

Nicole tardó un rato en darse cuenta de que Russell se había quedado dormido. Estaba aturdida por la experiencia que acababa de vivir. Le costaba aceptar cuánto había gozado haciendo aquello a Russell, y se preguntó si todas las mujeres sentían lo mismo. Quizá sólo las que estaban hechizadas, tal y como ella se sentía.

Hechizada, embriagada, osada. Quería más. Se planteó despertar a Russell. Él era responsable de haber despertado algo en ella que había permanecido dormido hasta entonces.

Por primera vez, había experimentado los instintos más básicos en una mujer. Pero despertar a Russell para satisfacer su insaciable deseo habría sido un acto de un cruel egoísmo. Era evidente que estaba exhausto.

Ella, por contraste, estaba más viva que nunca, así que decidió que lo mejor que podía hacer para resistirse a la tentación, era alejarse de él. Con mucho sigilo, se levantó y salió del dormitorio.

Su destino era la cocina, donde se guardaban las velas. Dada la precipitación con la que su madre había dejado la casa, Nicole suponía que habría dejado prácticamente todo atrás, llevándose sólo la ropa y las joyas. Las velas y las cerillas estarían en el armario en donde habían estado siempre. Así tendrían algo de luz, ya que era imposible adivinar cuándo se repararía el apagón.

Por el ruido que llegaba desde el exterior, la tormenta no parecía amainar. Habían dejado de estallar rayos y no había luna, así que reinaba una total oscuridad.

Nicole bajó las escaleras a tientas, estremeciéndose por la bajada de temperatura. Al cortarse la luz, la calefacción había dejado de funcionar y a pesar del excelente aislamiento de la casa, había refrescado.

Afortunadamente, Nicole encontró las velas en su lugar habitual.

Tomó una vela a medio quemar y la prendió. Con ella buscó en los armarios hasta encontrar uno de los candelabros de la gran colección de plata de su madre; colocó en los brazos tres velas nuevas y las encendió con la que tenía encendida, antes de apagarla.

En lugar de subir de nuevo al piso de arriba, sintió curiosidad por descubrir qué otras cosas habría dejado atrás su madre.

La noche que había dormido allí, Nicole no había revisado los armarios de la cocina. Al ver que tanto la despensa como el frigorífico estaban vacíos, había pedido una pizza para cenar, y al día siguiente,

Kara le había llevado a desayunar a una cafetería.

Pronto descubrió que todo seguía en su sitio: la cara vajilla de su madre, la porcelana, la cubertería, el cristal. Sumando el valor de todo aquello podría decirse que Russell había conseguido una ganga por su dinero.

Pero a ella todo eso le traía sin cuidado. No quería nada material.

Escogió un vaso de whisky de fondo grueso y miró en el frigorífico por si Russell tenía algún zumo.

Pronto descubrió que no, pero tampoco estaba completamente vacío. Había cuatro latas de cerveza y una botella de vino blanco abierta. Nicole la tomó y miró la etiqueta. Era francés y con toda seguridad pertenecía a la bodega de Alistair, otro de los pluses del contenido de la casa. El gusto de Alistair por el vino era tan exclusivo como el de su madre por los muebles.

Nicole quitó el tapón y lo olió. Tenía un delicioso bouquet y no pudo resistirse a probarlo.

Diciéndose que la noche lo pedía, se sirvió el vaso casi lleno.

Sabía tan magníficamente como olía. Nicole se deleitó en su sabor afrutado antes de tragarlo. En poco tiempo, lo había bebido todo, y fue a rellenar el vaso automáticamente cuando se dio cuenta de que no sería prudente emborracharse. No quería encontrar excusas para justificar al día siguiente lo que había ocurrido. Quería recordar aquella noche con la cabeza despejada.

Dejó la botella en el frigorífico, aclaró el vaso en el fregadero y, tomando el candelabro, cruzó el vestíbulo de suelo de mármol. Se dio cuenta de que ya no tenía frío y se preguntó si se debería al vino o si se habría acostumbrado a la temperatura, que no debía estar muy por debajo de los veinticuatro a los que se mantenía la casa habitualmente.

Un súbito brillo llamó su atención y miró bruscamente hacia la izquierda. Al hacerlo se encontró con su propia imagen reflejada en el gran espejo de marco dorado que ocupaba la pared a la altura de un rellano intermedio de la escalera.

Observándose, desnuda, le impresionó el aspecto que presentaba bajo la luz de las velas.

Durante toda su juventud, aquél era el espejo en el que se había mirado por última vez antes de salir.

Se aproximó a él y estudió su rostro.

«¿Quién eres?», preguntó en silencio. «No eres la Nicole Power que no se acostaba con un hombre hasta después de mucho tiempo de conocerlo. Russell no ha tenido más que decir cuánto te deseaba para que te entregaras a él. Y ahora vuelves a su lado en busca de más, ¿no

es cierto?».

«Sin embargo, habías jurado no volver a tener una relación con un hombre rico. Todos son egoístas, amorales y arrogantes. Cuando Russell ha dicho que te deseaba más que a ninguna otra mujer, no quería decir que fuera a ser para siempre. Esto no es más que un pasatiempo de una noche, un fin de semana golfo. Muy golfo. Ni sueñes con que sienta algo por ti».

Nicole recorrió su cuerpo desnudo con un escalofrío.

Era su cuerpo de siempre y, sin embargo, parecía completamente distinto. Russell lo había cambiado, como había cambiado su forma de reaccionar con los hombres y sus sensaciones al hacer el amor.

Su cuerpo anhelaba volver a su lado. Nicole sacudió la cabeza con gesto resignado. No tenía sentido resistirse. La razón perdía toda su fuerza frente a un deseo tan poderoso. Jamás había deseado con tanta intensidad algo, como en aquel instante deseaba que Russell volviera a hacerle el amor.

Con un suspiro entrecortado, dio media vuelta y siguió subiendo las escaleras, pero al llegar arriba fue primero a su antiguo dormitorio. Allí entró en el cuarto de baño, dejó el candelabro y buscó en su cabello las horquillas ocultas que sujetaban el moño.

El cabello recogido no se correspondía con la naturaleza salvaje que había emergido en ella, debía soltárselo. Se peinó con los dedos y sacudió la cabeza.

—Así está mejor —susurró, dejándolo caer sobre sus hombros libremente en sensual desorden. Un par de mechones cayeron hacia sus senos sin llegar a cubrirle los pezones y Nicole tragó saliva al ver lo duros que los tenía.

Russell no había vuelto a tocárselos desde el coche, pero ella no había olvidado la sensación que le había causado. El recuerdo la hizo estremecer y decidió volver a la cama. Quería volver a sentir su calor, rozar su piel, apretarse contra él.

Por el momento tendría que conformarse con eso.

Russell se despertó en la oscuridad y supo al instante que estaba solo. Lo supo aun antes de notar la cama fría a su lado. Estaba a punto de levantarse para ir en busca de Nicole cuando percibió el leve resplandor de una luz que fue intensificándose.

Vio el candelabro antes que a Nicole. Parecía flotar sobre el suelo, con la vela proyectando una luminosidad que formaba un aura alrededor de su cabeza.

Se había dejado el cabello suelto, lo que dotaba a su desnudez de

una naturaleza etérea que le resultó exquisitamente hermosa y perversamente contradictoria.

Porque Nicole tenía mucho más de diablo que de ángel. Un diablo que le provocaba la necesidad de hacerle sentir cosas. Era una sirena, hermosa y atrevida, nacida para hacer el mal.

Cuando se acercó lo bastante a la cama, la luz iluminó el rostro de Russell y sus ojos abiertos.

—¡Oh! —exclamó ella, parándose bruscamente—. ¡Estás despierto!

—Sí —masculló él—. Y deduzco que seguimos sin electricidad —se incorporó hasta sentarse, y dobló las rodillas. Le costaba comprender la forma en la que Nicole lo excitaba sin necesidad de hacer nada. Bastaba que permaneciera ante él, desnuda, para que su cuerpo reaccionara violentamente.

Y eso había sucedido desde el primer instante que la vio… Apretó los dientes con fuerza al darse cuenta de que una noche no iba a bastar para saciarse de Nicole Power.

El sonido de un móvil los sobresaltó.

—No es el mío —dijo él, señalando con la cabeza hacia el lugar del que procedía el sonido.

—Como sea Kara —dijo Nicole quejumbrosa, al tiempo que dejaba el candelabro en el suelo y tomaba su bolso—, voy a estrangularla.

Russell agradeció la interrupción para retomar el control sobre sí mismo.

—¿Hola? —dijo ella al teléfono. Su rostro se contrajo al instante en un gesto de exasperación—. ¡Mamá! ¿Qué demonios haces llamándome a estas horas? Está bien, puede que sea mediodía donde sea que estés, pero en Australia es medianoche.

Miró a Russell pidiéndole disculpas, pero él había aguzado el oído.

Cabía la posibilidad de llegar a enterarse de dónde se escondía su enemigo, aunque no supiera muy bien de qué serviría esa información.

—Sí, sí, ya sé que prometí llamarte cuando llegara a Sidney, pero he estado ocupada y… ¿qué? No he tenido ningún problema… La casa estaba vacía… No, no han puesto un letrero de *Se vende*… —miró a Russell con preocupación— Sí, estaba toda mi ropa y las joyas llegaron a casa de Kara justo a tiempo. Escucha, ¿puedo llamarte mañana? Estaba a punto de ir a la cama…

Ver que Russell abría las sábanas y daba una palmadita sobre la cama reclamándola la hizo ruborizarse de vergüenza… ¿o tal vez porque se sentía culpable?

Russell recordó que se había mostrado reticente a acostarse en la cama de su madre y que había tenido que persuadirla usando la lógica y unos apasionados besos.

En aquel momento, la mujer en cuestión estaba con ellos a través del teléfono, lo que le ayudó a recordar la verdadera razón por la que estaban allí.

No se trataba sólo de satisfacer sus necesidades sexuales, sino, primordialmente, de llevar a cabo una venganza.

La parte más oscura de sí afloró al imaginarse haciendo el amor a Nicole mientras ésta hablaba con su madre por teléfono. Aún mejor si hablaba con su padre.

Pero cuando volvió a dar un golpecito en la cama, Nicole frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Estoy perfectamente —dijo sin abandonar su gesto de contrariedad—. La madre de Kara quiere que me quede con ellos el tiempo que sea. No, no quiero que me mandes dinero. Tengo lo que necesito. Y además, he hecho planes.

Russell hizo una mueca, si él era el plan con el que contaba Nicole, ¿por qué no estaba echada a su lado? Ése sería el camino más corto a su cartera y a su corazón.

—No, no quiero hablar con él. No va a cambiar nada —dejó escapar un suspiro de exasperación al tiempo que se sentaba sobre la cama, de espaldas a Russell—. No te pongas así mamá —añadió, dulcificando parcialmente su tono—. Estoy demasiado cansada como para discutir. Necesito irme a la cama.

«Así se habla», pensó Russell, cuya frustración iba en aumento.

—Ya sé que no suelo ir a dormir tan temprano, pero Kara me ha llevado a una boda y… ¿Qué?… Megan Donnelly, una compañera de colegio con… No la recordarás, no estaba en nuestra clase, pero su madre y la de Kara son muy amigas, y ha insistido en que las acompañara. No he podido negarme… Sí… Con James Logan, el empresario de publicidad…

Mientras Russell escuchaba a Nicole contestar las innumerables preguntas de su madre sobre la boda, decidió dejar de esperar. Había llegado el momento de comprobar quién tenía más poder sobre la señorita Power, si su madre o su nuevo amante.

Se puso de rodillas detrás de ella y le retiró el cabello de los hombros delicadamente. Nicole consiguió reprimir un gemido de sorpresa, pero se volvió hacia él con los ojos desmesuradamente abiertos.

Russell, sin mirarla, empezó a mordisquearle los hombros hasta erizarle el vello.

—¿Nicole, estás ahí? —preguntó su madre.

—Sí, mamá —replicó ella bruscamente.

—¿Qué has llevado?

¿De verdad tenía que responder aquellas estúpidas preguntas?

—Nada especial, mamá. El vestido verde que me puse el día de Navidad.

—¡No me lo puedo creer! ¿A una boda formal? ¡Nicole, como si no supieras que no era adecuado! Espero que llevaras buenas joyas.

Nicole estaba cansada de su madre e irritada con Russell. ¿No se daba cuenta de con quién hablaba? ¿No tenía ningún sentido del decoro? Tuvo la certeza de que la respuesta era negativa cuando sus manos le cubrieron los senos. Al sentir sus dedos retorciéndole los pezones, el teléfono estuvo a punto de caérsele de la mano.

—Me he puesto las esmeraldas —masculló, sujetando el teléfono con fuerza. Era imposible concentrarse mientras la cabeza le daba vueltas y los pezones le ardían.

—¿Las que Alistair te regaló al cumplir veintiún años?

—Sí.

Nicole estuvo a punto de gritar cuando Russell la echó hacia atrás sobre la cama, y abrió los ojos como platos al darse cuenta de lo que iba a hacer. Sujetó el teléfono con ambas manos y se mordió los labios para no hacer ruidos embarazosos.

—Algo es algo —dijo su madre al otro lado del teléfono, malhumorada—, pero deberías haber elegido algo más elegante. Podrías haber conocido a alguien. En la boda de James Logan debía de haber buenos partidos.

Nicole estuvo a punto de decirle que había conocido a alguien, pero eso hubiera dado lugar a toda una nueva retahíla de preguntas y en aquel momento deseaba colgar el teléfono desesperadamente.

—Mamá, tengo que dejarte. Te llamaré en esta semana y hablaremos con calma.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. Adiós.

—Adiós, cariño. Sé buena. Y si no puedes ser buena, al menos sé precavida.

Nicole apagó el teléfono con una mueca. Aquéllas eran las palabras que su madre solía decirle cuando salía con un chico.

Nunca habían tenido un significado tan específico como aquella noche en la que no estaba siendo ni buena ni particularmente precavida.

Pero lo cierto era que le daba completamente igual.

«Sí», pensó acalorada, dejando caer el teléfono de la mano. «Sí»

—¡No pares! —gritó. Y Russell no paró.

Capítulo 13

De pie junto a la cama, Russell observó el cuerpo desnudo de Nicole.

Dormía profundamente, lo que no era de extrañar dada la cantidad de ejercicio al que la había sometido. No era raro en él hacer el amor varias veces a una mujer en una sola noche. Su vida mayoritariamente célibe hacía que su apetito fuera voraz.

En cualquier caso, Nicole no había protestado. En absoluto. Parecía dispuesta a todo. Y llegado cierto momento, a Russell había dejado de importarle si actuaba con sinceridad o si fingía. Estaba demasiado seducido por sus encantos como para hacerse preguntas.

Sin embargo, a la cruda luz del día, se dijo que era mejor que fingiera. Prefería que fuera así para que Nicole siguiera actuando como su esclava sexual y así utilizarla en la prolongación de su venganza.

«Admítelo», se dijo, «una noche no basta para alcanzar el objetivo que ha dirigido tus pasos todos estos años. Quieres más: más venganza, más sexo. Más de la hermosa Nicole Power».

De no haber estado tan hambriento, habría vuelto a la cama junto a ella. Pero la ausencia total de provisiones los obligaba a salir de la casa, y como la luz no había vuelto y la cafetería más próxima estaría cerrada, tendrían que ir más lejos. Él sabía muy bien a dónde: un lugar con electricidad, comida en abundancia y una cama extremadamente cómoda. Su apartamento en McMahon's Point.

Se inclinó y la sacudió por el hombro.

—Seguimos sin luz —fue lo primero que dijo cuando Nicole abrió los ojos.

Nicole dejó escapar un quejido y volvió a cerrar los ojos. Pero su queja no estaba relacionada con el apagón, sino con la miríada de imágenes que acudieron a su mente. Había oído hablar de arrepentimiento, pero jamás había sufrido uno tan descomunal como el que sentía en aquel instante.

«¿Cómo he podido actuar como lo hice anoche? ¿Cómo le he dejado hacer las cosas que me ha hecho?», pensó, mortificada.

—Todavía queda agua caliente en la ducha —continuó Russell—, lo que es milagroso teniendo en cuenta el tiempo que pasamos ayer en ella.

Nicole habría dado cualquier cosa por que no mencionara ese episodio. ¿Qué tenía aquel hombre para convertirla en una víctima voluntaria de sus perversos deseos?

Ni estaba enamorada de él ni tan siquiera sabía si le gustaba. De lo que no cabía duda era de que la excitaba hasta hacerla enloquecer.

—Vamos, dormilona, levántate —ordenó él—. Son más de las nueve. He llamado a la compañía eléctrica y dicen que tardarán al menos dos horas en reparar la avería.

Haciendo un enorme esfuerzo, Nicole adoptó una actitud con la que esperaba parecer una mujer de mundo, y se giró para mirarle. Afortunadamente estaba vestido. Llevaba unos pantalones grises y un polo azul marino. El cabello mojado y peinado hacia atrás indicaba que se había dado una ducha. Estaba recién afeitado con lo que su mentón ya no tenía la sombra que hacía unas horas había usado como instrumento erótico.

Russell, tras a recoger el teléfono y la cartera y guardarlos en los bolsillos, la miró.

—No sé tú —dijo—, pero yo estoy muerto de hambre y no puedo esperar a que vuelva la luz. Cuando te vistas, iremos a mi apartamento de McMahon's Point y te prepararé el desayuno.

Nicole lo miró sorprendida. Él sonrió.

—Deberías ver tu cara. Sí, sé cocinar y no, lo que ha pasado entre nosotros no es sólo cosa de una noche. ¿Lo dudabas?

—Pensaba que no era más que eso.

—¿Y lo preferirías?

¿Lo prefería?

El sentido común le aconsejaba que cortara cualquier vínculo en aquel mismo momento. Russell era todo aquello de lo que había jurado apartarse. La respuesta lógica era evidente: «Sí, dejémoslo». Pero en lugar de eso, se oyó diciendo «no». ¡Qué frágil era con aquel hombre!

«No».

Una palabra que no a ningún hombre le gustaba oír en boca de una mujer, pero que en aquella ocasión era la que Russell quería escuchar.

Rodeó la cama y recogió del suelo la ropa de Nicole.

—No tardes demasiado —dijo, entregándosela. Ella la tomó, pero no hizo ademán de levantarse.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Me gustaría tener un poco de intimidad.

Russell rió.

—¿He de recordarte que anoche te paseabas por esta casa completamente desnuda?

—Lo recuerdo perfectamente, y ya ves lo que ha pasado —dijo ella con ojos brillantes—. Me gustaría salir de esta casa sin volver a ser asaltada.

—¿También necesitas que te recuerde que no has puesto ninguna objeción a «ser asaltada», sino más bien todo lo contrario?

La manera en que se ruborizó así como la expresión desolada con la que le miró desconcertó a Russell.

—Escucha, yo no suelo ser así —dijo ella—. Supongo que, después de cómo me he comportado, te costará creerlo. Debes de pensar que soy una golfa —curvó la espalda y bajó la mirada con gesto abatido.

Russell se quedó petrificado durante unos segundos. Si se trataba de una mentira, Nicole estaba ofreciendo una actuación digna de un Osear. Si era sincera… No estaba seguro de qué significaba que lo fuera.

Finalmente, se sentó en la cama mientras buscaba las palabras adecuadas.

—¿Y cómo sueles ser? —preguntó finalmente.

Cuando Nicole levantó la cabeza, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Una mojigata! —exclamó ella.

Russell inclinó la cabeza hacia atrás bruscamente.

—¡No pretenderás que te crea…!

—Si no me crees, deberías hablar con mi ex novio —dijo ella con amargura, frotándose los ojos furiosamente—. No escatimó detalles para decirme lo aburrida que era en la cama.

Russell frunció el ceño.

—¿Por eso rompió el compromiso?

—¡Claro que no! Lo rompí yo cuando lo encontré tirándose a su secretaria sobre el escritorio de su despacho. Él se habría casado conmigo aunque me encontrara aburrida. Por aquel entonces, Power Mortgages era un negocio boyante. Ahora dudo que lo hiciera ni aunque fuera la mujer más seductora de la tierra.

—Supongo que sabes que sólo te diría eso para hacerte daño.

—Lo sé, pero eso no le quita la razón: yo era una sosa en la cama… Hasta conocerte a ti.

Russell permaneció sentado en silencio, asimilando lo que acababa de oír. Inicialmente no quiso creerlo, pero poco a poco se dio cuenta de que servía de explicación para la perplejidad que había visto reflejada en el rostro de Nicole en distintas ocasiones. También confirmaba que no mentía al decir que había sido increíble.

—Nunca había hecho la mitad de lo que he hecho contigo —siguió

ella—. Mejor dicho, no había hecho la mayoría de las cosas que hemos hecho.

Russell escrutó su rostro y se detuvo en sus labios, que había imaginado acariciando a numerosos hombres. ¿Cómo podía creerla con la habilidad que había mostrado, con la desinhibición con la que había actuado?

No podía ser verdad. Nicole tenía que estar mintiendo para conquistarlo con su inocencia.

Cuando alargó la mano para posar los dedos sobre sus labios, Nicole echó la cabeza hacia atrás al tiempo que se le dilataban las aletas de la nariz.

—¿Y eso? —preguntó él, mirándola fijamente en busca de cualquier señal de fingimiento—. ¿Tampoco lo habías hecho antes?

Nicole ni siquiera pestañeó.

—No, nunca.

—¿Ni siquiera con tu prometido?

—Él me lo pedía, pero nunca accedí. La idea me repugnaba. Por eso cuando me he despertado esta mañana he sentido tanta vergüenza. Entiendo que no me creas —la mirada de Nicole reflejaba su propia perplejidad—. De ser tú, yo tampoco lo creería.

Russell no sabía cómo reaccionar ni qué creer. Le resultaba muy difícil cambiar la imagen que se había hecho de ella, y más aún confiar en la hija de Alistair Power.

Pero de pronto se dio cuenta de que, de ser la mujer que él había asumido que era, no buscaría excusas para justificar su comportamiento porque ni siquiera lo habría considerado censurable. Y eso significaba que estaba diciendo la verdad. Y, consecuentemente, que no había fingido.

Que Nicole Power hubiera sido arrastrada a niveles de pasión que no había alcanzado nunca alimentó su ego y le produjo una gozosa sensación de triunfo. Y aunque nada de ello significaba que no hubiera en ella otras intenciones, al menos dejaba claro que su deseo por él era tan genuino como el de él por ella.

Russell supo entonces que su plan tenía que continuar, que una noche no sería bastante para completar su venganza. Ésta sería infinitamente más dulce si conseguía que Nicole se enamorara de él.

—Te equivocas, Nicole —dijo, tomándole el rostro y dándole un dulce beso—. Te creo.

La alegría que vio reflejada en los ojos de ella le hizo sentirse culpable por unos segundos, pero enseguida desterró ese sentimiento al recordar que ningún Power se había sentido culpable por el suicidio de su padre.

—Eso no quiere decir que no haya tenido muchos novios —dijo ella precipitadamente.

—No me cabe la menor duda —dijo Russell—. Pero quizá haya llegado el momento de que tengas un novio que te considere fantástica en la cama.

—¿Quieres ser mi novio? —preguntó Nicole, balbuceante.

—¿No te gusta la idea?

—Pensaba volver pronto al extranjero.

Russell se quedó perplejo. Recordaba haberle oído decir a su madre que tenía planes, pero había asumido que se refería a él. Creía haber entendido que no tenía mucho dinero, pero obviamente ni una ni otra información era cierta. Papaíto debía seguir manteniéndola.

La idea de que fuera a escapar de la misma manera que su padre lo encolerizó y tuvo que respirar profundamente para dominarse.

—¿Adónde irás? —preguntó con cierta brusquedad.

—A Tailandia. Era donde estaba cuando mamá me llamó para que viniera a recoger mis cosas.

—¿Por qué demonios querrías volver a Tailandia en esta época del año? Hace un calor espantoso.

—Uno se acaba acostumbrando.

—¿Tienes amigos?

—Sí. Excelentes.

—Pero no un novio.

—No.

—¿Por qué no quieres hablar de ello?

—No es que no quiera hablar, es que es una historia muy larga.

—Una historia que tendrás que contarme mientras desayunamos.

Sus miradas se encontraron y Russell percibió en los ojos verdes de Nicole el destello de determinación que había apreciado el primer día que la vio.

—No vas a conseguir que cambie de opinión —dijo ella.

Aunque a Russell le gustaba que tuviera carácter, no pensaba dejarla ir sin pelear. Podía ser muy insistente cuando quería algo, y quería tener a Nicole Power a su merced.

—Ya lo veremos —dijo, poniéndose en pie—. Ahora, por deferencia a tu ataque de timidez matutino, te esperaré abajo. Pero intenta darte prisa —caminó hacia la puerta—. Si no bajas en diez minutos, te aseguro que vendré a desayunarte.

Capítulo 14

Lo primero que pensó Nicole al subir al coche fue que se trataba del vehículo de un hombre rico. Suponía que el apartamento al que iban sería el refugio de un playboy, con todos los elementos necesarios para una vida rodeada de placeres. Imaginó sofás de cuero, jacuzzi y tecnología sofisticada.

Estaba convencida de que la llevaba allí para desayunar y para continuar sus juegos eróticos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Estaría cometiendo una temeridad? Además, era evidente que Russell tenía la intención de hacerle cambiar de idea respecto a Tailandia. ¿Tendría la suficiente fuerza de voluntad como para resistirse a cumplir sus deseos? Ya había estado a punto de derretirse cuando él le había dicho que la creía respecto a su comportamiento con los hombres; y cuando se ofreció como novio, tuvo en la punta de la lengua suplicarle que lo fuera.

Incluso en aquel mismo instante era consciente de que empezaba a ceder. Podía retrasar el viaje a Tailandia, o posponerlo hasta Año Nuevo. Cuando vendiera las joyas, podía mandar el dinero a Julie para que ella comprara regalos de Navidad a los niños. No era necesario que estuviera allí personalmente.

Pero en el fondo sabía que, de hacer eso, corría el riesgo de no volver nunca. Sería absorbida de nuevo por una vida hedonista a la que había dado la espalda pero que resultaba extremadamente atractiva, especialmente si incluía noches como la pasada con Russell.

Reprimió un gemido y cerró los ojos con fuerza como si con ello pudiera cerrarse a la tentación y a los recuerdos que la asaltaron y que le recorrieron el cuerpo.

Un frenazo brusco y la sensación de que el coche derrapaba hicieron que los abriera. Ante sí descubrió un árbol caído en la carretera. Russell consiguió esquivarlo, deteniendo el coche justo cuando chocaba contra las ramas.

—Por los pelos —dijo él, mirándola para asegurarse de que estaba bien—. Siento haberte asustado. Iba demasiado deprisa para el estado en el que está la carretera.

Nicole dejó escapar la respiración lentamente.

—No pasa nada. Hemos tenido suerte.

—A partir de ahora, tendré más cuidado —la tranquilizó Russell, dando marcha atrás—. Permaneceré en la carretera principal en lugar

de tomar vías secundarias. Si fuera un árbol más pequeño, podría intentar moverlo, pero con éste no tengo ninguna posibilidad. ¡Mira qué suerte! —señaló a un hombres con chalecos reflectantes—, viene el servicio de mantenimiento de carreteras. Ellos lo quitarán.

—Eso espero. Es muy peligroso.

Un par de minutos más tarde, reanudaban el trayecto.

Al dejar de pensar exclusivamente en el hombre que la acompañaba y mirar a su alrededor, Nicole fue consciente por primera vez de los daños que la tormenta había causado. Había hojas y ramas en la carretera, así como gigantescos charcos. No funcionaba casi ningún semáforo.

Finalmente llegaron a las afueras de la ciudad y la situación mejoró, aunque para ser domingo por la mañana, había más tráfico del habitual.

Justo cuando llegaban al túnel del puerto, sonó su teléfono móvil.

—Supongo que será Kara —dijo, abriendo le bolso.

—O quizá sea tu madre.

—Espero que no. ¿Hola?

—Nickie, soy yo. ¿Estáis sin luz?

—Sí.

—Eso suponía. Nosotros también. Papá va a poner en marcha la barbacoa de gas para preparar el desayuno. Tu gladiador y tú estáis invitados.

—Kara, estoy de camino al apartamento de Russell para desayunar, pero gracias por la oferta.

—¿Por qué será que no me sorprende? Debía haberlo imaginado al no recibir una llamada tuya —dijo su amiga con complicidad.

—Lo siento. ¿Qué tal siguió la fiesta ayer?

—Fenomenal. Megan se puso un vestido precioso para marcharse. Creo que James y ella iban a pasar la noche en un hotel, y que esta mañana volaban a algún lugar romántico. Pero ya hemos hablado bastante de ellos. ¿Cómo ha ido la noche? Deduzco que muy bien.

Nicole no estaba dispuesta a darle el parte a su amiga.

—Ha sido una tormenta espantosa, ¿verdad? —dijo en lugar de responder. Kara suspiró.

—Está bien, mensaje recibido. Está sentado a tu lado. ¿Por qué no usamos el código secreto que solíamos usar? A ver… Si es bueno en la cama, di sí. Si es excelente, no digas nada.

Tras unos segundos de silencio, Kara gimió.

—¡Ay, qué envidia! Bueno, no. Mi Leyton es fantástico. Pero tú en cambio no has tenido tanta suerte en ese aspecto, ¿verdad? Nunca te he oído entusiasmarte con ningún hombre, ni siquiera con David.

Cuéntame más…

—Kara, lo siento, pero no te oigo bien. No hay cobertura…

—Bruja, no mientas —dijo Kara, riendo—. Tu teléfono no se quedaría sin cobertura ni bajo el agua. Está bien, te dejo en paz. Pero antes de que me olvide, mi padre le ha pedido a un amigo joyero que venga a casa mañana por la mañana para tasar tus joyas. Dice que Max te dará el mejor precio posible.

—Muchas gracias, Kara, agradéceselo de mi parte.

—Lo haré. Pero más te vale dormir esta noche en casa. No vuelvas a quedarte en casa de tu amante.

—Llegaré para cenar —dijo Nicole.

—No —interrumpió Russell—. Vas a cenar conmigo.

—¡Lo he oído! ¡Qué dominante! —bromeó Kara.

—¡Qué arrogante!, diría yo —dijo Nicole, dedicando a Russell una mirada recriminatoria.

—Veo que te tiene abducida —dijo Kara—, pero no consientas que te mande. Ven a cenar.

—Eso espero, no te preocupes.

—Le he preguntado a papá por él. Ya sabes que sabe todo sobre cualquier persona bien situada. El caso es que su negocio inmobiliario tiene fama de honradez e integridad. Russell McClain como persona es un misterio. No parece que le guste socializar, lo cual es peculiar en el mundo inmobiliario. Mi padre dice que su familia no es de Sidney, porque si no, los conocería. Aun así, asume que tienen dinero porque según mamá, fue a la universidad con James Logan y Hugh Parkinson. Por eso estaba en la boda.

Nicole puso los ojos en blanco. ¡Aquella familia era la más cotilla que había conocido en su vida! Debía de ser un efecto secundario de no tener nada que hacer.

—Gracias por la información —dijo con impaciencia.

—¡Es un partidazo, cariño! No lo dejes escapar.

—Nos vemos esta noche, Kara. Adiós —Nicole colgó y activó el contestador del teléfono.

—¿Qué información te ha dado? —preguntó Russell.

Nicole decidió no mentir.

—Kara ha estado haciendo averiguaciones sobre ti.

—¿Y?

—Su madre dice que debes proceder de una familia acomodada porque fuiste a la universidad con James Logan y Hugh Parkinson.

Russell sintió que se le encogía el corazón al recordar la cara educación que su padre le había proporcionado a costa de su salud.

—Era un chico de campo que consiguió una beca —dijo, omitiendo

que la beca apenas cubría parte de los gastos que representaba ir a aquella universidad—. Mi familia no tenía nada de rica. ¿Qué otra información errónea te ha proporcionado?

—Su padre dice que tienes una buena reputación como hombre de negocios.

—Me gusta creer que eso es verdad.

—Aun así, no parece que socialices mucho.

Russell frunció el ceño.

—¿Eso lo piensas tú o el padre de Kara?

—El padre de Kara. Pero ella y yo ya lo sabíamos, porque de haber sido de otra manera, te habríamos conocido antes.

—Nunca he sido de ir a fiestas ni a inauguraciones. Ya te he dicho que soy un chico de campo.

—¡Y yo que pensaba que eras un playboy…!

Russell sonrió.

—Me confundes con Hugh.

—Sin embargo, eres buen amigo de él y de James Logan, y los dos tienen reputación de serlo. Aparecen en todas las revistas del corazón.

—Tuvimos que compartir dormitorio —explicó Russell—. Siempre he pensado que se trató de un caso de atracción de opuestos, porque nos llevamos bien desde el principio. No se debe juzgar un libro por la portada, Nicole. Los dos son fantásticos.

—Si tú lo dices…

—¿Eso es todo? ¿No tienes más información?

—No.

—Me ocultas algo.

Nicole suspiró.

—Kara también ha dicho que eras un buen partido y que no debía dejarte escapar.

—¿De verdad?

—Así es como piensa Kara, no yo. Las chicas como ella creen que su felicidad depende de tener un marido rico.

—¿Y tú no estás de acuerdo?

—Puede que lo estuviera en el pasado. Pero, sin ánimo de ofenderte, he llegado a la conclusión de que los hombres no tienen principios.

Russell apenas pudo contener su sorpresa ante una declaración tan inesperada. Una vez más, se tuvo que preguntar si Nicole sentía verdaderamente lo que decía o si se trataba de una habilidosa estratega.

—Ésa es una generalización excesiva, ¿no te parece?

—¿Tú crees? Puede que tengas razón. Mi mala experiencia con

David me ha vuelto muy cínica. Supongo que hay unos cuantos millonarios que son buenas personas. El padre de Kara es encantador —admitió.

—Y yo… —dijo Russell.

—Que en el pasado fueras un chico de campo, Russell, no significa que no hayas sido corrompido.

—¿Qué tengo que hacer para demostrarte que no soy un playboy?

Nicole se encogió de hombros.

—Creo que lo que pase hoy me dará una buena pista.

—¿Qué quieres decir?

—Es evidente que no me llevas a tu lujoso apartamento de soltero solo para desayunar, ¿no es cierto?

Su lujoso apartamento… Russell tuvo que contener la risa.

—Puede que te lleves una sorpresa.

—Lo dudo mucho.

—Ya lo veremos —dijo él por segunda vez esa mañana.

—Ya lo veremos —repitió ella con firmeza.

Capítulo 15

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Russell cuando Nicole retornó finalmente a la cocina.

La había enviado a inspeccionar su modesto apartamento de dos habitaciones mientras él preparaba el desayuno, para que descubriera por sí misma que no se trataba del lujoso escondite de un soltero millonario.

—¿No es lo que te esperabas? —preguntó con una sonrisa divertida cuando vio la sorpresa reflejada en el rostro de Nicole.

—No exactamente —admitió ella, sentándose en uno de los dos taburetes que había en la cocina—. No es el nidito de un playboy, pero me encanta.

—¿Te encanta? —preguntó Russell, escéptico.

—Sí —dijo ella, mirándolo con picardía—. Está en un lugar fantástico y tiene todo lo que uno podría desear: cuarto de baño incorporado al dormitorio, un cuarto con lavadora y secadora y una cocina espaciosa. Además, la vista desde la terraza es espectacular.

—La vista desde la diminuta terraza —señaló él.

Nicole no podía estar hablando en serio. Una mujer que, como ella, había vivido siempre rodeada de lujo no admiraría un apartamento tan modesto como aquél.

—No es tan pequeña —replicó ella—. Te cabe una mesa, y está protegida del viento y bien orientada. Debe de ser fantástica en invierno.

—Lo es —dijo Russell, que nunca había pensado en ello—. Cuando el tiempo lo permite, me siento ahí a desayunar.

—¡Por eso estás moreno! Me había preguntado cómo lo conseguías siendo un adicto al trabajo —añadió ella con una espléndida sonrisa.

Russell se quedó mirándola unos segundos antes de servirle un vaso de zumo de naranja.

—Aquí tienes. Bébelo mientras llega la comida.

Russell lo deslizó por la barra de la cocina antes de volver su atención a la sartén con la mente en un total estado de confusión. Una vez más, Nicole conseguía desconcertarle.

Al no oírla, se volvió. Seguía en el mismo sitio, bebiendo el zumo lentamente y observándolo con una peculiar expresión en su rostro.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él. Quizá si la animaba a seguir hablando acabaría por desenmascararla.

—Estoy intentando comprender quién eres —dijo ella.

Russell estuvo a punto de reír.

—¿Qué hay que comprender? No soy más que un chico humilde al que le ha ido bien en la ciudad.

Nicole sacudió la cabeza con gesto dubitativo.

—Las cosas nunca son tan sencillas. Y en tu caso, menos. Por ejemplo, éste es el apartamento de un hombre que no quiere tener visitas y al que no le preocupa impresionar a las mujeres.

—Ya te he dicho que no soy un playboy, pero tú no has querido creerme.

—Pues si no eres ni un playboy ni te gusta la ostentación, ¿quién es el hombre que ha comprado nuestra pretenciosa mansión? —insistió ella—. Si fueras el tipo de hombre a quien le interesara aparentar, no vivirías en un lugar como éste. Así que dime la verdad: ¿por qué la has comprado?

Russell volvió la mirada a la sartén para ocultar de Nicole la rabia que le había causado su provocadora pregunta.

Por un instante la tentación de escupir la verdad estuvo a punto de dominarlo. «Porque tu perverso padre fue responsable de que mi maravilloso padre se suicidara», pudo oírse decir. «Juré que le robaría todo aquello que amara. Por eso he comprado su casa y por eso me he acostado contigo».

Pero no dijo nada de eso porque sabía que habría significado el fin. El final entre ellos dos.

Y por más que Russell ansiaba vengarse, parecía ansiar más a Nicole.

No podía soportar la idea de dejar de verla, de no volver a tenerla en sus brazos o de no sentir lo que ella le hacía sentir.

—¿Russell? —lo llamó ella—. ¿No vas a contestar?

—Lo siento, me cuesta hablar y cocinar a un mismo tiempo. La verdad es que la he comprado como inversión.

Mintió mientras se entretenía sirviendo los huevos y el beicon en el plato.

—Me enteré de que estaba a la venta y pensé que sería una ganga. Si había pensado en vivir en ella un tiempo ha sido para no tener que pagar impuestos una vez la vendiera. De hecho James me ha ofrecido una cantidad absurda de dinero por ella y me lo estoy pensando —eso no era mentira—. Ahora que se ha casado y va a ser padre, quiere comprar una casa grande.

—¿Megan está embarazada?

—¿No lo sabías?

—No.

Russell se enfadó consigo mismo por haberle dado la noticia.

—Mantén el secreto, por favor.

—Claro. Tengo que admitir que tu amigo ha subido unos cuantos puntos en mi estima. En estos tiempos los hombres acaudalados no necesitan casarse con una mujer por dejarla embarazada. Debe de estar enamorado de ella.

Russell adoptó una expresión inescrutable.

—Ya te he dicho que es un buen chico. En cualquier caso, no le cuentes nada de esto a tu amiga. ¿Dónde quieres desayunar, aquí o en el balcón?

—En la terraza, por supuesto.

—Estaba delicioso —exclamó Nicole al acabar el desayuno—. Eres un gran cocinero.

—La verdad es que cualquiera puede hacer unos huevos con beicon.

Nicole rió.

—No creas. Yo sería incapaz. Soy la peor cocinera del mundo.

—Será por falta de práctica.

—En eso tienes razón. Soy una inútil en la casa.

Ni ella ni su madre habían tenido que mover un dedo desde el momento en que su madre se casó con Alistair. Para ella había sido una vida maravillosa hasta que se dio cuenta de que no era más que una niña mimada y perezosa.

Por eso, alguien como Russell, que se había labrado su fortuna partiendo de la nada, despertaba su admiración. Y aun más que viviera con austeridad.

Sus reticencias por el hecho de que fuera rico también empezaban a disiparse a medida que pensaba en él como un hombre sólido y de principios, con un estilo de vida que demostraba que no era una persona superficial.

Era sorprendente que no se hubiera casado. No debía haber encontrado a la persona adecuada. O tal vez su prioridad había sido hacer dinero.

Nicole se preguntó qué aspecto de su pasado explicaba su ambición. Por su propia experiencia era consciente de que el pasado tenía una gran influencia en lo que una persona llegaba a ser. Nadie era inmune al equipaje emocional que portaba. Ella acarreaba un gran peso. Y si iba a seguir acostándose con aquel hombre, quería saber más sobre él.

—Háblame de tu familia, Russell —dijo—. ¿Tienes hermanos?

—No. Soy hijo único.

—¿Dónde está la granja de tu padre?

Russell dio un sorbo al café antes de contestar.

—Papá murió hace mucho tiempo.

—¡Qué lástima! Debía de ser muy joven.

—Tenía cuarenta y cinco años.

—¿De qué murió? ¿De cáncer?

Una vez más, Russell se tomó su tiempo antes de contestar.

—Se pegó un tiro —dijo finalmente con una frialdad que contradecía el dolor de su mirada.

—Oh, Russell, debió ser espantoso para ti.

A Russell le sorprendió ver que los ojos de Nicole se llenaban de lágrimas con un sentimiento sincero. Súbitamente quiso contarle más. No toda la espantosa historia. Sólo… más.

—Lo fue —admitió—. Hubo una mala cosecha y papá acumuló muchas deudas. Más tarde, mi madre me dijo que se había sumido en una depresión. Entonces la granja fue embargada y él perdió las ganas de vivir.

—Yo… No sé qué decir…

La dulzura de su tono emocionó a Russell aún más que sus lágrimas. Cada músculo de su cuerpo se tensó y en el férreo control que era capaz de ejercer sobre sus emociones se abrió una fisura.

—No pasa nada —dijo, apretando los dientes.

—Claro que pasa. El suicidio es siempre espantoso. Debió de ser horrible para tu madre.

Russell se arrepintió de haber hablado del tema. Sentía como si hubiera empezado a tirar de un hilo que deshacía una madeja. Pronto se encontraría atrapado en ella.

—Mamá se recuperó —dijo, superando su malestar—. Volvió a casarse con un granjero. Viven en Gulgong.

—Y tú viniste a Sidney y te convertiste en un adicto al trabajo.

Russell se encogió de hombros.

—Podía haberme convertido en cosas muchísimo peores. Pero ya no quiero seguir hablando de mí mismo. Has prometido contarme por qué quieres volver a Tailandia.

Nicole fue consciente de que estaba cambiando de tema y no le culpaba.

Recordar el pasado podía ser muy doloroso. Ella había sufrido

mucho al descubrir la traición de David y la falta de principios de su padrastro, pero ni una cosa ni otra podían compararse con el sufrimiento que debía de haber significado para Russell perder a su padre de una manera tan trágica.

—Vamos —insistió él—. Dime la verdad.

Nicole sonrió con un encogimiento de hombros.

—La verdad es que, cuando estaba en Bangkok, conocí a una mujer increíble que dirige un orfanato lleno de niños maravillosos que no tienen ningún recurso, y que me hicieron sentir vergüenza de lo mimada que he sido por la vida. El caso es que prometí a esa mujer que volvería a ayudarla en cuanto recogiera mis cosas.

Estuvo a punto de contar que con el dinero que consiguiera al vender sus joyas pensaba hacer algunas compras para el orfanato, pero no quería sonar como una santa. Sabía que distaba mucho de serlo.

La expresión del rostro de Russell fue de genuina sorpresa.

—¿A qué tipo de ayuda te refieres? ¿Económica?

—El dinero contribuiría a mejorar la situación de Julie.

—Si es así, ¿por qué no te limitas a mandárselo? No hace falta que vayas personalmente.

—Te equivocas —dijo Nicole con firmeza—. Prometí a los niños que iría. Escucha, no pienso quedarme allí para siempre. Volveré a Sidney para Año Nuevo. Tengo que encontrar un trabajo.

—¿Un trabajo? —preguntó Russell, perplejo.

A Nicole empezó a irritarle que su comportamiento le resultara tan sorprendente.

—Aunque no lo creas, soy una buena trabajadora, tengo una licenciatura y trabajé dos años en Power Mortgages —dijo con orgullo, aunque evitó mencionar que trabajaba para el departamento de marketing—. Lo dejé hace unos meses.

Russell tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para ocultar sus emociones una vez más. Había estado a punto de cambiar la opinión que se había hecho de Nicole, aceptando que podía ser distinta a lo que había imaginado: ni buscaba marido, ni era egoísta, ni quería llevar una vida disipada y ociosa.

Sin embargo, saber que había trabajado dos años en la empresa de su padre le había hecho poner los pies en la tierra bruscamente. Eso significaba que Nicole debía conocer los tejemanejes de su padre. De hecho, incluso debía haberlos aprobado.

Todo sentimiento de culpabilidad que pudiera haber sentido se disolvió como por arte de magia y fue reemplazado por la

determinación fría e implacable de llevar a cabo su venganza… Utilizaría la pasión que despertaba en él para un buen fin, le haría el amor con tanta destreza que le haría olvidar todo plan de partida, conseguiría que se volviera loca de amor y que accediera a casarse con él.

—¿Por qué te marchaste? —preguntó en tono neutro.

—No soportaba estar en Sidney después de lo que pasó con David.

Así que había decidido irse, con toda seguridad con el dinero de su papaíto. El mismo dinero con el que pensaba volver a marcharse. De hecho, le había oído decir a su madre que no necesitaba más del que tenía.

Que quisiera encontrar trabajo no significaba que lo necesitara. Debía tratarse de un mero pasatiempo. Igual que debía serlo su bondadosa misión en Tailandia. Todo el mundo necesitaba un objetivo en la vida.

El suyo era la venganza.

—¿Cuando piensas irte?

—La semana que viene.

—¿Tan pronto…?

—Depende de los vuelos.

—Supongo que sabes que no quiero que te vayas —dijo Russell, mirando a Nicole fijamente—. Quédate en Sidney y yo le daré a tu amiga todo el dinero que quiera.

A Nicole le escandalizó la propuesta. Durante un rato había olvidado con quién estaba, que los hombres ricos no seguían las reglas establecidas, y que una de las razones por las que conseguían aquello que se proponían era que sólo pensaban en sus intereses.

—Eso es un chantaje —dijo, enfadada.

Russell le dedicó una picara sonrisa.

—Puede, pero no has contestado.

Nicole sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —no pudo evitar preguntar.

—Del que sea necesario.

Debía desearla verdaderamente. Pero a la vez que se sintió halagada, le ofendió que Russell creyera que podía comprarla.

—Lo siento —dijo con gesto digno—, pero no estoy a la venta.

—Es una pena —Russell se puso en pie—. Menos mal que tengo otras formas de persuadirte.

Nicole había previsto lo que iba a pasar; lo que no había calculado era lo enfadada que iba a estar cuando Russell intentara seducirla. Y lo que aún la tomó más por sorpresa fue que, a pesar de su enfado, ni

siquiera hizo ademán de protestar cuando él la tomó en brazos.

Ser tan vulnerable debía haberla hecho sentirse humillada, pero tampoco fue el caso. Cualquier obstáculo fue derribado en cuanto él posó los labios en los de ella. En unos segundos, lo único en lo que pudo pensar era en que siguiera besándola. Apenas podía pensar, ni respirar.

Él la desnudó rápidamente y, tal y como había pasado por la noche, dio un paso atrás y deslizó la mirada por su cuerpo desnudo.

—Eres demasiado hermosa para tu propio bien, ¿lo sabías? —Nicole no era capaz de pensar en nada—. Imperios enteros han caído por mujeres como tú —añadió Russell.

Se inclinó y la tomó en brazos para entrar en el interior.

—Perdona por haberte hecho esa insultante oferta —masculló mientras cruzaba el vestíbulo hacia el dormitorio—. Pero tienes que saber lo que siento por ti, y que no puedo soportar la idea de que te marches cuando acabo de encontrarte. Me vuelves loco, Nicole —la echó sobre la cama—. Pero ahora dejemos el tema —Russell se desnudó—, y disfrutemos como anoche, sin pensar en el futuro.

Hicieron el amor frenéticamente, alcanzando la satisfacción a la vez. A continuación, permanecieron abrazados, jadeantes. Nicole contuvo el aliento cuando él se separó. No quería separarse de él ni los minutos que tardó en volver del cuarto de baño.

Cuando volvió, Russell se echó a su lado y le retiró el cabello de la cara con delicadeza.

—No puedo dejarte ir —dijo, acariciándole las mejillas todavía encendidas. Nicole se tensó—. Me voy a Tailandia contigo.

Nicole lo miró sin decir nada.

—¿Cuál es el problema? —exigió saber él—. ¿No quieres que vaya?

Claro que quería, pero no le parecía correcto.

Las cosas estaban pasando demasiado deprisa. Acababan de conocerse y ya…

No estaban enamorados. Era imposible. El amor no surgía tan deprisa. ¿O sí?

Una cosa era que no hubiera experimentado nada igual en su vida, pero eso no era el amor. O al menos, todavía no lo era.

—Ésa no es la cuestión —dijo, intentado ser razonable—. Apenas nos conocemos. Ya te he dicho que volveré pronto. Si quieres, puedo volver para Navidad.

—Para la Navidad, falta más de un mes y yo no puedo pasar sin ti tanto tiempo.

—Me temo que tendrás que hacerlo.

—No puedo. Me volvería loco.

—Esto sí que es una locura —dijo ella, aunque sentía que empezaba a ceder—. No puedes dejarlo todo para irte al extranjero. Creía que estabas entregado a tu trabajo.

—Y lo estaba hasta que te he conocido. Los domingos son días de mucho trabajo en el sector inmobiliario. Hoy es el primer domingo en años que no voy a trabajar. Confía en mí.

Nicole frunció el ceño. Confianza. Esa palabra le hizo recordar que la primera vez que lo había visto había encontrado algo en él que despertó su desconfianza, y que su mirada de depredador le había hecho pensar que era un hombre que no se detenía ante nada cuando quería algo. Y ese algo en aquel momento era ella. Pero… ¿por cuánto tiempo?

—No digas que no —dijo él con una mirada acariciadora al tiempo que la tomaba por el mentón e inclinaba la cabeza hacia ella.

Nicole no ofreció resistencia.

—De acuerdo —susurró. Y le entregó su boca.

Capítulo 16

—Me estás malacostumbrando —dijo Nicole cuando Russell apareció en el cuarto de baño con su ropa lavada.

Estaba dándose un baño mientras intentaba dominar la creciente adicción que sentía por Russell. Él no se había unido a ella, aduciendo que no podría resistirse a volver a hacer el amor y que no llegarían nunca a cenar. Por eso se había dado una ducha en otro cuarto de baño y volvía recién afeitado y con un elegante traje gris y camisa blanca que resaltaba su piel morena.

—Fuera de la bañera, señora, y a vestir —dijo—. Estoy muerto de hambre.

—No sé si tengo fuerzas para ir a cenar —protestó ella.

—No me extraña. Vamos, la reserva es para las siete y media y ya son casi las siete.

Russell se fue, cerrando la puerta tras de sí. Con un suspiro, Nicole salió de la bañera. Puesto que sólo tenía un lápiz de labios y un peine, no le llevó demasiado tiempo arreglarse. Quince minutos más tarde estaban cruzando el puente en coche. Russell había elegido un conocido restaurante especializado en marisco, llamado Neptuno. La espectacular vista del puerto de la que disfrutaba lo hacía muy popular, aunque los exorbitantes precios reducían su clientela considerablemente.

Nicole sospechaba que Russell lo había elegido para impresionarla y no había querido decirle que ya lo conocía. De hecho, había pocos restaurantes de Sidney en los que no hubiera estado.

—En lugar de decirte que estás preciosa —dijo él, mirándola de soslayo—, te diré que, de todas las mujeres con las que he estado, eres la más guapa al natural.

En lugar de fijarse en el piropo, Nicole se quedó con la mención de las otras mujeres.

—¿Y cuántas otras ha habido?

Russell sonrió con sorna.

—Estás celosa.

—No esquives la respuesta. ¿Cuántas novias has tenido antes que yo?

—¿Así que no te parece mal ser mi novia?

—Russell McClain, acabo de pasar el día entero en la cama contigo, así que o soy tu novia o soy una golfa. Y puesto que no soy esto último y he accedido a que vengas a Tailandia conmigo, digo yo

que tenemos algún tipo de relación, ¿no crees? Y ahora, contesta mi pregunta.

—Lo siento pero no puedo darte una cifra exacta, pero diría que unas cuarenta.

—¡Dios mío! ¡Y dices que no eres un playboy!

—Nicole, tengo treinta y seis años. ¿De verdad te parece una cifra elevada?

—Supongo que no. ¿De cuántas has estado enamorado?

—De ninguna.

—¿De verdad?

—De verdad.

Nicole no quiso cuestionarse por qué esa información la hacía tan feliz, aunque sospechaba que la hacía sentirse especial.

—¿Por eso no te has casado? —se oyó preguntar, a su pesar.

Se produjo un tenso silencio. Nicole se enfureció consigo misma. La mejor manera de ahuyentar a un hombre era hablar de matrimonio en las primeras citas.

—El matrimonio nunca ha encajado en mi vida laboral —dijo él finalmente—. Pero cuando conozca a la persona adecuada, lo consideraré muy seriamente —lanzó una mirada llena de promesas a Nicole—. No quiero asustarte con proposiciones prematuras, mi encantadora Nicole. Por ahora, quiero conocerte mejor y no perderte de vista —añadió, lanzándole una perturbadora sonrisa.

Dejaron el tema y charlaron sobre sus preferencias en marisco. Para cuando aparcaron en el muelle, habían llegado a la conclusión de que la langosta ocupaba el primer lugar, seguida de las ostias.

El corazón de Nicole latió todo el tiempo aceleradamente y casi se le salió del pecho cuando Russell la ayudó a bajar del coche y la besó hasta hacerle perder el sentido. Luego, caminaron hacia el restaurante y Nicole agradeció que Russell la sujetara por la cintura, pues temía que las piernas le fallaran.

Al notar que él titubeaba, alzó la mirada y vio que fruncía el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Él dejó escapar un suspiro de frustración.

—Tengo la sospecha de que Hugh está en el Neptuno. Su coche está aparcado fuera.

Nicole se fijó en un Ferrari rojo.

—Puede que esté en otro.

—Le gusta mucho el marisco.

—En muchos de los restaurantes del muelle se sirve marisco.

—Es verdad. Sería mala suerte que hubiera elegido el mismo que nosotros.

Nicole lo miró fijamente.

—¿Por qué te preocupa tanto?

—Llevas el mismo vestido que anoche y puede que Hugh esté con una de las damas de honor a la que pensaba seducir. Se dará cuenta de que hemos pasado la noche y todo el día de hoy juntos.

Aunque a Nicole le pareció encantador que Russell se preocupara por su reputación, no estaba dispuesta a cambiar de planes por un hombre como Hugh, quien probablemente dormía con una mujer distinta cada noche.

—No seas tonto —dijo—. ¿Qué más le da a Hugh lo que hayamos hecho? —cuando no logró borrar la preocupación del rostro de Russell, añadió—: Escucha, no pienso pasearme con estos tacones en busca de otro sitio. Si Hugh está en el Neptuno, qué le vamos a hacer.

Russell tenía la certeza de que estaría. Y así fue. Lo encontraron en la mejor mesa del restaurante, disfrutando de un caro vino tinto. Lo sorprendente era que estaba solo.

Hugh no los vio hasta que el encargado los acompañó a la segunda mejor mesa del local, junto a la de él.

—Hola, Hugh —saludó Russell antes de que su amigo reaccionara —. ¡Qué casualidad! Creo que ya conoces a Nicole, ¿verdad?

Como de costumbre, Hugh se recuperó al instante de la sorpresa y dedicó a Nicole una sonrisa seductora.

—Desde luego que sí, aunque hace tiempo que no charlamos. La vida debe de estar tratándote bien, Nicole, estás preciosa.

—Gracias —dijo ella, ruborizándose.

—Por favor, acompañadme.

Russell apretó los dientes. Conocía a su amigo en acción y su capacidad de seducir a cualquier miembro del sexo opuesto. La idea de que Nicole pudiera caer en sus redes despertó en él unos celos que no había experimentado nunca.

—Sólo si no coqueteas con mi novia —dijo, clavando una mirada amenazadora en Hugh.

Éste lo miró boquiabierto.

—¿Tu novia? Pero si acabáis de conoceros.

—¿No has oído hablar de los romances súbitos?

—Desafortunadamente, sí. Así son siempre los de mi padre. Pero nunca te había tomado por alguien impulsivo —Hugh miró a Nicole—. Eso no quiere decir que lo censure, querida Nicole. Si alguien puede conquistar a mi amigo en veinticuatro horas, eres tú.

Russell se alegró de que Nicole no captara la ironía en el comentario de Hugh. Estaba furioso con su amigo y habría querido marcharse en aquel mismo momento, pero supo que resultaría un

comportamiento extraño. Así que decidió desviar la conversación hacia otro tema.

—Me extraña verte solo. ¿Qué ha pasado con «como se llame»?

Hugh arrugó la nariz.

—Estabas en lo cierto. Demasiado entusiasta. ¿Qué queréis beber? ¿Tinto, o pedimos champán para celebrar que estáis juntos?

—Champán, por favor —dijo Nicole.

Russell seguía mordiéndose la lengua. Tendría que esperar a que Nicole fuera al servicio para cruzar unas palabras con su amigo.

El champán llegó con la prontitud a la que esperaban ser servidos los hijos de millonarios famosos.

—¡Por Nicole y Russ! —brindó Hugh, elevando la copa con una maliciosa sonrisa.

Russell miró a su amigo con frialdad.

—Tampoco hay que exagerar. No estamos prometidos, solo salimos.

—Pero salir con alguien ya es un gran paso para ti, Russ. No sé si lo sabes, Nicole, pero es un completo adicto al trabajo.

—Eso me ha dicho —replicó ella, dirigiendo una sonrisa Russell—. Pero hoy no ha ido a trabajar.

—Ya me doy cuenta —comentó Hugh, indicando con una mirada el vestido de Nicole—. Hablando de compromisos —continuó—, la última vez que nos vimos fue en tu fiesta de compromiso con David Porter. Deduzco que las cosas no fueron bien.

—Así es —dijo Nicole, perdiendo la sonrisa.

Russell habría querido estrangular a Hugh.

—Era un bastardo —comentó.

—Casi todos los hombres pueden serlo —dijo Hugh, mirándolo fijamente.

—Entre ellos, suelen reconocerse —replicó Russell.

Hugh dejó a un lado los comentarios sarcásticos y volvió a su natural encantador, no tanto para intentar seducir a Nicole como para animarla a hablar de sí misma. Ella supo esquivar la preguntas comprometedoras, manteniendo la conversación a un nivel impersonal.

Russell fue testigo del intercambio, agradeciendo la discreción de Nicole. No le gustaban las mujeres que hacían confidencias a cualquiera. Ni siquiera mencionó el viaje a Tailandia o el hecho de que él fuera a acompañarla. Ocasionalmente le lanzaba una mirada cómplice, cálida y provocativa, que lo llenó de satisfacción.

Para cuando se excusó para ir al servicio. Russell ya no estaba furioso con Hugh. Nicole lo había puesto en su sitio. Y él la observó

alejarse, sintiendo un peculiar orgullo al ver la elegancia con la que caminaba, y las miradas masculinas que se volvían a admirarla.

En ese momento, pensó que estar casado con Nicole tendría numerosas ventajas. Además de satisfacer su deseo de venganza, representaría contar con una excitante pareja de cama, una excelente anfitriona y la mujer más encantadora que un hombre podría poseer.

—¿Qué demonios pretendes hacer? —preguntó Hugh, airado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Russell.

—No te hagas el inocente. Sabes que lo que le estás haciendo a esa chica es espantoso.

—Lo único que sé es que, después de muchos años, por fin estoy consiguiendo lo que quería.

Hugh sacudió la cabeza.

—Escucha, me da lo mismo lo que hicieras a Alistair Power, o que se esté pudriendo en algún país del Tercer Mundo, pero Nicole es inocente de la muerte de tu padre.

El rostro de Russell se ensombreció.

—Eso crees, pero has de saber que trabajó en Power Mortgages hasta hace unos meses, así que debía conocer el tipo de negocios que llevaban a cabo. Y no te equivoques, Alistair Power no se está pudriendo en ningún sitio. Lleva pagando los viajes de Nicole desde que rompió su noviazgo, y para eso hace falta mucho dinero.

—Está bien, está bien. Pero todo tiene su límite, Russell. Ya has seducido a la hija de tu enemigo, supongo que en su propia cama…

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres un retorcido. Pero nunca has sido cruel, Russell. Seducirla es una cosa. Hacer que se enamore de ti, otra muy distinta.

—¿Crees que se está enamorando?

—Tendría que estar ciego para no verlo —¡era la única explicación para el poco caso que le había hecho a él!—. No puede apartar los ojos de ti.

—Me alegro —dijo Russell, sonriendo con satisfacción—. Las mujeres enamoradas suelen estar dispuestas a aceptar proposiciones de matrimonio.

Hugh lo miró atónito.

—¿Qué? ¿Vas a pedirle que se case contigo? ¿Estás loco?

—No —dijo Russell adoptando una expresión severa—. Sólo pretendo hacer lo que llevo esperando dieciséis años.

Hugh no daba crédito a lo que oía.

—¿Y cuándo piensas romperle el corazón con la verdad? —preguntó—. ¿La noche de bodas?

—No. Nunca.

—¿Nunca?
—Quiero que sea mi mujer para el resto de mi vida.
—¿Y en qué consistiría la venganza?
—No te comprendo.
—Para vengarte, ella tendría que saber la verdad en algún momento.
—Depende de cómo lo mires. Estar con ella ya me proporciona una inmensa satisfacción.
—Sí, pero ¿qué tipo de satisfacción? ¿Estás seguro de que lo que buscas es la venganza? ¿No será que te estás enamorando?
—¡No digas tonterías! —exclamó Russell, indignado.
Quizá demasiado indignado para ser sincero, pensó Hugh.
—¿Y cuándo piensas sacar el tema? —preguntó Hugh sin dejar de mirar la zona del servicio de mujeres por si veía salir a Nicole.
—Cuando estemos en Tailandia.
—¿Vas a viajar con ella a Tailandia? —exclamó Hugh—. ¿Cuándo?
—En cuanto podamos.
—¿Y tu negocio?
—Sobrevivirá sin mí. Ya sabes que en esta época del año las casas se venden solas. Por cierto, parece que la casa de Belleview Hill no es del gusto de Nicole, así que voy a vendérsela a James. ¿Recuerdas que el otro día dijo que quería comprarla?
—Sí, pero no quisiste vendérsela.
—El otro día no, pero hoy sí. Voy a mandarle un mensaje mañana mismo.
—Veo que vas en serio.
—Sí. Y si le dices algo a Nicole, dejaremos de ser amigos.
Hugh lo miró y supo que hablaba en serio.
—No diré una palabra —dijo, suspirando con resignación—. Palabra de scout.
—Sólo hay un problema —dijo Russell.
—¿Cuál?
—¡Que no eres scout!

Capítulo 17

—Por lo que cuentas está loquito por ti —exclamó Kara cuando Nicole le contó todo. Estaban en el dormitorio de Kara, cada una acostada en su cama.

—Eso espero, porque yo estoy loca por él.

—¿Quién iba a decir cuando tuve que llevarte a rastras a la boda que acabarías encontrando el marido rico que necesitas?

Nicole le lanzó una mirada reprobadora.

—¡Por Dios, Kara, cómo se te ocurre decir eso! De hecho, lo único que no me convence de él es que sea rico. Bueno, eso y su irritante amigo.

—¿Quién? ¿Hugh Parkinson? A mí me parece un bombón.

—A mí me parece un ligón compulsivo.

—Ya, pero eso le añade encanto. Debe de ser una máquina en la cama.

Nicole tenía que admitir que no le faltaba encanto y que era extraordinariamente guapo, pero para ella, no había hombre que pudiera comparase con su Russell.

—Espero que Megan esté disfrutando de su luna de miel —dijo Kara de pronto.

—Supongo que sí —dijo Nicole. Parecía lo lógico, puesto que estaba con el hombre al que amaba y por el que era amada.

—Está embarazada —dijo Kara.

Nicole frunció el ceño.

—¿Desde cuándo lo sabes? No me habías dicho nada.

—He oído a mis padres hablar de ello esta mañana. Debe de estar embarazada de dos meses. A papá le parece todo muy raro, aunque no sé por qué. ¿A ti te parece raro que un hombre se case con su novia embarazada?

—En absoluto. Me parece muy bonito.

—A mí también.

—Debe de estar muy enamorado.

—¿Lo dudabas?

—Los hombres ricos pueden ser muy viles —dijo Nicole.

—Eso mismo ha dicho mi padre, pero no entiendo qué maldad puede haber en que David se case con Megan porque esté embarazada. Lo malo es que suele tener razón. Ha ahuyentado a algunos de mis pretendientes al darse cuenta de que no eran más que cazafortunas. Esa es la ventaja de que Leyton tenga dinero: sé que está conmigo por

mí misma.

—Espero que Russell no crea nunca que estoy con él por dinero.

—¿Cómo iba a pensar eso cuando mañana piensas vender todas tus joyas? De hecho, es una locura. Podrías pedirle lo que quisieras, y él te lo daría. No sé qué necesidad tienes de convertirte en una pobre mártir, en lugar de en una rica amante.

—¿Hablas en serio? Jamás aceptaría ser una mujer mantenida. De hecho, Kara, Russell no tiene ni idea de cuál es el estado de mis finanzas ni de que voy a vender mis joyas, y no quiero que lo sepa. Le he hecho creer que tengo dinero.

—¿Por qué?

—En el momento me pareció lo adecuado. Supongo que es cuestión de orgullo.

—Deberías decirle la verdad. Al final acabará enterándose.

—Tienes razón. Hablaré con el mañana durante el almuerzo. Me recogerá a la una.

—Aunque ahora que lo pienso, será mejor que no le cuentes lo de las joyas, pero sí al menos que no tienes ingresos y que, cuando se acaben tus ahorros, se te habrá acabado todo el dinero que tienes.

—Ya le he dicho que voy a buscar trabajo después de Navidades.

—No tendrás que preocuparte de encontrar un trabajo cuando te conviertas en la mujer de Russell McClain.

—No te adelantes a los acontecimientos. Como Russell le ha dicho hoy a su amigo, no nos hemos prometidos, sólo estamos saliendo.

—Pero por lo que dices, va a pedirte en matrimonio.

—Puede ser, pero todavía no.

—¿Te instalarás con él cuando vuelvas de Tailandia?

—Si me lo pide, sí.

—Seguro que te lo pide. ¿Qué vas a ponerte mañana? Y no me digas que unos vaqueros.

—¿Por qué no? Sólo vamos a comer algo.

Kara miró a Nicole con exasperación.

—Al menos ponte una camisa decente. Puedo dejarte lo que quieras.

Nicole no lo dudaba. El vestidor de su amiga ocupaba varias habitaciones.

—Kara, ahora necesito dormir. Estoy agotada.

—Claro, por culpa de ese amante tan apasionado… —dijo Kara antes de apagar la luz.

—¡Kara!

Nicole no consiguió dormirse. Echaba de menos a Russell y había estado a punto de quedarse con él. Pero algo que había visto en la

mirada de Hugh le hizo cambiar de idea. No se trataba sólo de sorpresa, sino de indignación. Y Nicole creía saber la razón: obviamente asumía que le interesaba el dinero de Russell. Por eso había flirteado tan descaradamente con ella, para demostrar que cualquiera podía seducirla. Hasta había tenido el mal gusto de mencionar su compromiso con David.

Nicole sospechaba que Russell le había dicho algo mientras estaba en el servicio, porque a la vuelta lo había encontrado mucho más amable, menos provocativo y dicharachero. Aun así, seguía dirigiéndole miradas de inquietud.

Nada conseguiría hacerle cambiar de opinión respecto a ella. Era evidente que estaba convencido de que salía con su amigo por puro interés, y lo único que ella podía hacer era confiar en que no sembrara la duda en Russell.

La desconfianza de Hugh, en cualquier caso, era comprensible. Estar asociada al apellido Power la etiquetaba como avariciosa y manipuladora. Su estilo de vida en el pasado confirmaba ese tipo de juicio. Hugh debía verla como una niña rica mimada, que se había quedado sin fondos para seguir llevando una vida de lujo. Así que debía haber concluido que estaba a la caza de un novio que pudiera mantenerla. No habría manera de convencerlo de que Russell le gustaba de verdad, o de que ese tipo de vida ya no le interesaba.

No haberle contado a Russell desde el principio cuál era su situación económica empezaba a convertirse en un problema. ¿Cómo reaccionaría cuando supiera que le había mentido? Prefería morirse antes de que Russell pensara que iba detrás de su dinero.

—¿Quieres dejar de dar vueltas y de suspirar? —dijo Kara en la oscuridad.

—Lo siento.

—Si no te duermes, vas a tener ojeras por la mañana.

Nicole sonrió.

—Y eso sería imperdonable.

—¡Desde luego que sí!

Capítulo 18

Russell dedicó la mañana siguiente a poner en orden sus asuntos para poder irse a Tailandia. Ninguno de los directores de sus oficinas se mostró contrariado ante su marcha en uno de los periodos de mayor actividad en el negocio, lo que hizo pensar a Russell que se debía a que contrataba a los mejores en el sector. Pero cuando notó cierto alivio en la oficina de Bondi, donde tenía su despacho, y se dio cuenta de que sus empleados estaban deseando perderlo de vista, tuvo que reflexionar sobre sus cualidades como jefe.

De camino a casa de Kara para recoger a Nicole, se dio cuenta de que quizá era demasiado exigente y que no tenía en cuenta que sus empleados necesitaban tener una vida propia. Por otro lado, también era cierto que recibían generosos salarios.

Sacudió la cabeza. Tenía que dejar de cuestionarse todo lo que hacía. La culpa era de Hugh. Había pasado una mala noche, intentando convencerse de que no era un hombre cruel y de que, si había en él alguna maldad, la responsabilidad recaía en la familia Power. Y ya era demasiado tarde para cambiar.

Llegó a la mansión de los padres de Kara, un sólido edificio rectangular, de dos pisos, rodeado por balconadas. Russell cruzó la verja y detuvo el coche ante la escalinata que conducía a la puerta principal.

En lugar de salir a recibirlo Nicole, tal y como esperaba, apareció Kara.

—Hola, Russell —dijo en tono abatido—. No sé si Nicole va a poder ir a comer contigo porque está muy disgustada.

—¿Por qué? —el temor a que Hugh hubiera hablado con ella le atenazó la garganta.

—No puedo decírtelo.

—¿Tiene que ver conmigo? —preguntó él.

—En absoluto. Voy a decirle que has llegado. Le sentaría bien salir. Pasa.

Russell se quedó esperando en el vestíbulo mientras Kara subía precipitadamente la majestuosa escalera central y se perdía de vista. Unos minutos más tarde, Nicole apareció en lo alto, vestida con vaqueros y una camisa blanca. Tras una leve vacilación, empezó a bajar, apoyando la mano en la barandilla. Estaba pálida y tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Al darse cuenta de que había estado llorando, Russell notó una presión en el pecho.

—Nicole, cariño —dijo, caminando hacia ella—. ¿Qué sucede?

Pensó que debía tratarse de un accidente, de una tragedia. Quizá su madre había muerto. Tal vez su padre.

Extrañamente, se dio cuenta de que ese último pensamiento no le causaba ningún placer. En aquel momento lo único que le importaba era Nicole.

—He recibido una mala noticia —dijo ella con voz trémula—, de índole personal.

Russell tomó sus manos entre las suyas.

—Por favor, cuéntamelo.

—No estoy segura de que lo entiendas —dijo ella con ojos arrasados por las lágrimas—. O de que te importe.

—¿Cómo puedes decir eso?

Nicole inclinó la cabeza hacia adelante y el cabello le cubrió el rostro.

—Si te lo cuento, sabrás que te he mentido deliberadamente —dijo ella—, y creerás lo que Hugh piensa de mí: que voy detrás de tu dinero.

Russell puso un dedo bajo su barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Cómo iba a creer eso de la hermosa mujer que no está en venta?

Entonces, Nicole empezó a sollozar y él, dejando escapar un gemido, la abrazó con fuerza, sintiendo que su llanto le rompía el corazón.

Permaneció en silencio, dejando que se calmara mientras él mismo asimilaba la verdad de sus propios sentimientos. Hugh tenía razón y debía aceptarlo: estaba enamorado de ella a pesar de ser quien era.

La amaba.

Cuando Kara apareció en lo alto de la escalera con expresión preocupada, él le hizo un gesto con la mano para que los dejara, y siguió abrazando a Nicole hasta que el llanto empezó a remitir. Una vez hubo cesado, Russell la separó de sí y la miró fijamente.

—Quiero que vayas a por tu bolso —dijo con dulce firmeza—. Vamos a comer por ahí.

Nicole lo miró desolada.

—¡No puedo salir con este aspecto!

—Claro que sí. Ponte unas gafas de sol. Es evidente que tenemos que hablar y no quiero hacerlo aquí.

Nicole pareció vacilar.

—¡Kara! —llamó Russell—. ¿Estás ahí?

—Sí —respondió Kara, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar que había estado escuchando.

—¿Puedes bajar el bolso y las gafas de Nicole, por favor? Creo que necesita tomar el aire y comer algo.

—Ahora mismo voy.

Kara apenas tardó unos segundos en volver a aparecer con las cosas de Nicole.

—No olvides lo que te he dicho, cariño —dijo a Nicole en tono animado—. Estaré encantada de comprarte lo que tú sabes a un buen precio.

—Está bien —dijo Nicole, evasiva, sin añadir ninguna pista para Russell.

—¿Qué es «lo que tú sabes»? —preguntó a Nicole en cuanto estuvieron solos en el coche.

Nicole le lanzó una angustiada mirada de reojo.

—Se refería a mis joyas.

Russell frunció el ceño.

—¿Vas a vender alguna a Kara?

—Alguna, no. Todas.

—¿Por qué?

—Para conseguir dinero.

—¿Para el orfanato?

—Sí.

Russell no supo cómo tomarse la noticia, si sentir admiración por Nicole o vergüenza por haberla considerado una mujer materialista.

La vergüenza fue el sentimiento dominante.

—¿No tienes dinero? —preguntó.

—No. Conseguí un poco con la venta de mi ropa. Lo bastante como para comprar el billete a Tailandia y para vivir allí hasta Navidad. Pero necesitaba el dinero de las joyas para donarlo al orfanato.

Russell había creído que no podría sentirse aún más culpable, pero descubrió que se equivocaba. La niña mimada a la que había imaginado viviendo lujosamente a costa de su padre, acababa de vender su vestuario para sobrevivir.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Nicole sonrió con tristeza.

—Supongo que por orgullo.

Orgullo. Ese sí era un sentimiento que Russell identificaba con facilidad. Recordó que Nicole le había dicho a su madre que no necesitaba que le enviara más dinero. Además de tener carácter, era una mujer valiente.

—No quería que supieras que era pobre —añadió ella—. Ni que pensaras que te quería por tu dinero.

—No se me ha pasado por la cabeza —mintió él—. Pero nada de

todo esto explica por qué estás tan abatida. ¿No ha dicho Kara que te compraría las joyas?

—Sí, pero no por la suma que esperaba reunir.

—Las joyas de segunda mano se venden a una fracción de su valor real, Nicole.

—Sí —dijo ella sin levantar la cabeza—. Sobre todo si son falsas.

—¿Falsas? —exclamó Russell, mirándola perplejo.

—El padre de Kara ha concertado una cita con un amigo joyero para hoy por la mañana, confiando en que me daría un buen precio. Desafortunadamente, se ha negado a comprarlas porque sólo negocia con piezas genuinas.

—¿Y los pendientes de esmeraldas y diamantes que llevabas en la boda? —Russell habría jurado que eran verdaderas.

—Según él, eran unas imitaciones fantásticas, pero tampoco eran de verdad. Y eso que fueron el regalo de mi veintiún cumpleaños.

—¡Es terrible, Nicole! —pero típico de Alistair Power, pensó Russell con amargura—. Ahora entiendo que estés tan apesadumbrada.

—No he llorado tanto por el dinero como por la desilusión, por sentirme estafada y por ser tan ingenua. Incluso después de todo lo que ha pasado y de lo que ha hecho, siempre había creído que Alistair me quería.

—¿Llamas a tu padre por su nombre?

Nicole lo miró desconcertada.

—Alistair Power no es mi padre.

—No es tu padre… —repitió Russell, intentando disimular la consternación que le había causado la noticia.

—Me dio su apellido al casarse con mi madre. ¡Es mi padrastro!

¡Su padrastro! Russell no pudo reaccionar.

—Pensaba que era maravilloso —continuó Nicole mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. Cada vez que me daba una joya me decía cuánto me quería. ¡Pero su amor era tan falso como sus regalos! ¡Tan falso como él!

Russell sabía que debía decir algo, pero la cabeza le daba vueltas. ¡Nicole no era hija de Alistair Power! ¡No era sangre de su sangre!

En lugar de sentirse aliviado, estaba destrozado.

Por hacer algo, arrancó el coche. No habló hasta llegar al primer semáforo. Para entonces, había salido parcialmente de su parálisis, pero el sentimiento de culpa seguía aplastándolo.

—¿Qué dad tenías cuando tu madre se casó con Alistair Power?

—Ocho años.

—¿Y tu padre biológico?

—Nunca lo conocí. Era el jefe de mi madre. Estaba casado, por supuesto.

—¿Y nunca has intentado ponerte en contacto con él?

—No. Vive en Londres con su mujer y sus tres hijos.

—¿Tu madre es inglesa?

—Sí. Tuvo una vida muy difícil hasta que conoció a Alistair. Sus padres eran muy conservadores y no quisieron saber nada de ella cuando me tuvo a mí.

—¿Cómo conoció a Alistair? ¿Vino a pasar unas vacaciones a Australia?

—No. Nunca tuvimos dinero para ir de vacaciones. Mamá estaba trabajando de azafata en una empresa de organización de eventos, y coincidió con Alistair en una de ellas. Siempre decían que fue un caso de amor a primera vista. Alistair nos trajo a Sidney y se casaron en cuestión de días. Es una lástima que haya resultado ser aún peor que mi padre verdadero.

—Estás mejor sin él —dijo Russell. «Y sin un hombre como yo, también», pensó.

—No me cabe ninguna duda, te lo aseguro —dijo Nicole—. ¿Pero qué hago con mi madre? Ella sigue con él. Sus joyas también deben de ser falsas. Seguro que Alistair nunca la ha querido. No era más que una rubia atractiva que le calentaba la cama y se ocupaba de la casa.

—Ningún hombre se casaría con una mujer con una hija si no estuviera enamorado, Nicole —dijo Russell, defendiendo a Alistair, a su pesar, para aliviar el dolor de Nicole.

Además, creía decir la verdad. Había miles de rubias solteras y sin hijos, que podrían haber cumplido la función que Nicole acababa de atribuir a su madre. Aun así, Alistair había elegido a la madre de Nicole.

El semáforo cambió y Russell puso el coche en marcha sin saber muy bien a dónde se dirigía.

—Es posible que las joyas sean falsas más por una cuestión económica que de falta de amor, Nicole —comentó—. Por lo que he averiguado en el banco, Alistair siempre ha vivido por encima de sus posibilidades. Cada dólar que ganaba, de manera más o menos fraudulenta, era esencial para su economía. Eso no significa que no os quisiera a ti o a tu madre.

—Le era infiel —dijo Nicole con voz trémula—. Igual que David me fue infiel a mí. Pero claro, David no me quería —concluyó con amargura, agachando la cabeza.

Russell reconocía el camino por el que Nicole se estaba adentrando. Un camino que avanzaba hacia un agujero de

desesperación, donde sólo se encontraba el más absoluto cinismo. Sin pensárselo, giró el volante bruscamente y detuvo el coche en el arcén. Girándose hacia Nicole, tomó el rostro entre sus manos y dijo con fiereza.

—Yo sí te amo.

Nicole abrió los ojos desmesuradamente.

—¿De verdad o sólo lo dices para hacerme sentir mejor?

—Haría lo que fuera para que te sintieras mejor, pero no mentiría respecto a algo tan importante como esto. Te amo, Nicole, y quiero que te cases conmigo.

—¡Casarme contigo! Pero si acabamos de conocernos.

Russell bajó las manos, pero mantuvo a Nicole atrapada con la mirada.

—Dentro de un mes nos conoceremos mucho mejor.

—Dentro de un mes… —repitió Nicole con expresión confusa—. ¿Por qué dentro de un mes?

—Porque es lo que se tarda en conseguir una licencia de boda. Podemos firmar todos los formularios hoy mismo, antes de salir para Tailandia. ¿Bastará un mes para hacer lo que quieres hacer en el orfanato? Yo te ayudaré.

—Supongo… que sí —balbuceó Nicole.

—Entonces, cuando pase un mes, volveré a pedirte que te cases conmigo.

Nicole lo miró con perplejidad.

—No sé qué decir —balbuceó una vez más.

—No hace falta que digas nada.

Nicole se dio cuenta de que Russell volvía a actuar como lo había hecho hasta el momento: arrastrándola a donde quería. En las demás ocasiones, había sido a su cama. En aquel momento, a su vida.

Y Nicole sabía que no podía cometer más errores. Aquella mañana había descubierto hasta qué punto le habían hecho daño David y Alistair. Durante los últimos meses había huido de ese dolor, intentado convencerse de que lo había superado, de que había madurado y podía arreglárselas sola.

Pero descubrir que las joyas eran falsas le había hecho consciente de que seguía siendo extremadamente vulnerable. Quería haberse metido debajo de la cama y llorar durante un mes. Pero en lugar de hacer eso, se había visto obligada a contarle a Russell la espantosa verdad.

Y por más que agradeciera que se mostrara tan comprensivo y que le hubiera hecho una declaración de amor, en aquel momento no podía tomar decisiones que afectaban al resto de su vida.

—Lo siento, Russell, pero tengo que decirte una cosa.

—¿Sí?

—No creo que sea una buena idea que vengas conmigo a Bangkok. No me interrumpas, intenta entenderme. Necesito pasar un tiempo sola y pensar.

—¿En qué?

—En todo. Pero sobre todo en mis sentimientos por ti.

—¿Y cómo son esos sentimientos?

—No lo sé. No sé nada en este momento. Al pensar en cómo ha sido este fin de semana, tengo la sensación de que ha habido algo completamente irreal. Todo ha ido tan rápido…

—Entiendo…

—Lo lamento de verdad. Podemos mantenernos en contacto por teléfono e ir conociéndonos sin que el sexo se interponga en la relación.

A Russell lo sacudió la intensidad de su decepción.

—¿Cuándo podré visitarte?

—No lo sé…

—¿Y respecto a la licencia de boda?

Nicole sacudió la cabeza negativamente.

Russell tragó saliva mientras pensaba que se lo tenía merecido. Hugh no sentiría ninguna pena por él. En cualquier caso, no podía dejar que las cosas acabaran así. Amaba a Nicole, y estaba convencida de que también ella a él. Necesitaba creerlo, o la vida dejaría de tener sentido.

—No me hace ninguna gracia —dijo, entre dientes—. Pero haré lo que me pides.

—Gracias.

«No me des las gracias todavía», pensó Russell, con la misma determinación con la que había buscado vengarse. «No pienso dejarte escapar, amor mío. ¡Ni lo sueñes!»

Capítulo 19

Nicole estaba sentada bajo un árbol, observando a los niños jugar al fútbol. Hacía un típico día de diciembre en Bangkok, caluroso y húmedo.

—¡Qué energía tienen los niños! Nicole alzó la vista y vio a Julie, que la observaba desde unos metros de distancia con una amplia sonrisa en su pecoso rostro.

Era inglesa, de una edad indeterminada, aunque cerca de los cincuenta. En Londres era enfermera. Había ido de voluntaria a Tailandia durante unas vacaciones, hacía quince años, y se había quedado.

Los nativos la consideraban un ángel.

—De haber tenido más dinero les habría comprado unas porterías de verdad —dijo Nicole—, pero decidí invertir el que tenía en cosas más esenciales.

Aunque Kara había insistido en darle la generosa suma de cinco mil dólares por sus joyas, el orfanato tenía tantas carencias que el dinero no había dado mucho de sí. Los barracones necesitaban reparaciones urgentes.

—Has hecho maravillas —dijo Julie—. Me parece oír tu móvil. Te dejo para que puedas hablar con tu novio. Es hora de que vaya a preparar la comida.

Nicole sacó el teléfono del bolso ansiando que fuera Russell. Llamaba cada día, pero no era el único. Kara lo hacía a menudo, y también su madre.

—¿Hola?

—Hola, preciosa.

—Russell, no sabes cuánto me alegro de que seas tú y no mi madre —que la recriminaba constantemente por haber tomado la decisión de ir a perder el tiempo a Bangkok, según ella.

—Yo también —dijo él.

—No te rías de mí.

—¿Crees que sería capaz?

—Sí —dijo Nicole riendo.

Habían desarrollado una maravillosa relación a lo largo de las semanas que habían transcurrido. Nicole estaba encantada con la decisión de viajar sola y darse la oportunidad de conocer a Russell mejor sin la distracción de la química sexual que había entre ellos. Seguía sintiéndose abatida cada vez que pensaba en su padrastro, y le

costaba ocultar a su madre la información sobre las joyas, pero Russell la había convencido de que no se lo dijera.

«¿Qué ganarías rompiéndole el corazón?», había dicho, mostrando una dulzura de carácter que Nicole había encontrado muy enternecedora. Aunque fuera un hombre rico, no tenía nada que ver con David o con su corrupto padrastro.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Russell—. ¿Pintar paredes?

—No. Hace demasiado calor. Estoy sentada bajo un árbol viendo jugar al fútbol a los niños. ¿Qué estás haciendo tú?

—Poco más. También hace mucho calor donde me encuentro.

—No tanto como aquí. ¿Qué tal va la venta de casas?

—McClain Real Estate es un negocio floreciente a pesar de la caída del mercado inmobiliario. No sé qué les pasa a mis agentes para que sean tan eficaces. Quizá se deba a la nueva política de trabajo por la que no pueden trabajar más de treinta y cinco horas semanales. He reestructurado el departamento de ventas para que los casados sólo trabajen un día del fin de semana. Sea por lo que sea, las ventas este mes han sido extraordinarias. Tanto es así que mi asesor financiero me ha recomendado que haga una donación a una obra solidaria. Sé que no quieres mi dinero, pero se me ha ocurrido que a Julie no le iría mal una buena suma. Por lo que me has dicho, el orfanato necesita reformas. ¿Crees que un cuarto de millón sería bastante?

Nicole contuvo el aliento.

—¿Un cuarto de millón?

—¿No es bastante? Está bien, eres una excelente negociadora. Digamos… medio millón. Hugh pondrá el otro cuarto. Tiene debilidad por las obras solidarias.

—¿Estás hablando en serio?

—Por supuesto. Nunca miento cuando hablo de dinero.

Nicole se puso en pie de un salto.

—Tengo que ir a decírselo a Julie.

—No hace falta. Ya lo sabe.

—¿Cómo es posible?

—Porque se lo he dicho yo mismo hace un rato.

Nicole giró la cabeza bruscamente cuando se dio cuenta de que la voz de Russell no le llegaba a través del teléfono, sino de algún lugar en la proximidad.

Caminaba hacia ella, con un pantalón claro y una camisa blanca.

—Todavía no ha pasado un mes —dijo ella.

—Lo sé.

Russell llegó a su altura sin separar el teléfono de la oreja. Ella tampoco separó el suyo.

—Pero es que tenía que verte —dijo él, clavando la mirada en ella —. ¿Quieres que me vaya?

Nicole negó con la cabeza. Había olvidado el impacto que la presencia física de Russell le causaba, y el anhelo instantáneo que despertaba en ella mirarlo a los ojos.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Nicole asintió, consciente de que acabarían yendo a la cama juntos.

Russell guardó el teléfono y le tendió la mano.

—Me gustaría conocer a los niños y que me enseñes el orfanato.

Russell no confió en el éxito de su misión hasta que vio entrar en el vestíbulo del hotel a Nicole, con un bonito vestido amarillo. El cabello suelto le caía sobre los hombros y llevaba la espalda casi desnuda. Tenía un precioso bronceado dorado y sus sensuales labios se curvaban en una amplia sonrisa.

—Siento no ir más elegante —se disculpó—, pero no tengo casi ropa.

—Estás preciosa.

—Y tú muy sexy —dijo Nicole, dedicándole una mirada apreciativa.

Russell sintió al instante que la sangre se le caldeaba en las venas y se preguntó si podría aguantar toda la cena sin tocarla.

Hugh había insistido en que no se precipitara y en que esperara el momento oportuno.

—Si las cosas salen bien, podréis pasar el resto de vuestra vida en la cama —le dijo en el aeropuerto—. Mantén la cabeza fría.

Pero mantenerse frío cuando sentía un calor interior devorarlo no era tan sencillo. Aun así, Hugh era muy sabio en lo relativo al sexo femenino, así que Russell besó a Nicole en la mejilla antes de conducirla al exterior para tomar un taxi.

Había elegido un restaurante romántico e íntimo, excelente, pero no ostentoso, que estaba situado en lo alto de la colina, con fuentes y mesas distribuidas por un frondoso jardín.

Les asignaron una mesa pequeña con una vela en el centro. El menú sólo incluía comida tailandesa, y lo vinos eran de procedencia australiana.

—¡Qué preciosidad! —dijo Nicole cuando el camarero se fue con la comanda—. Me alegro de que no me hayas llevado a un restaurante de lujo. No estaría cómoda pagando tanto dinero.

Russell lo sabía. En las semanas previas habían hablado en profundidad sobre el tema. Russell se había enterado de que Nicole no había viajado en primera clase, sino de mochilera, y que el único dinero con el que había contado procedía del finiquito que le había

correspondido en Power Mortgages, donde, al contrario de lo que había sospechado, Nicole no había trabajado en ningún departamento donde tuviera acceso a información privilegiada.

Cuando el dinero se acabó, tuvo que trabajar en Inglaterra para poder comprarse el billete a Asia. Su experiencia en Camboya y Tailandia, y la pobreza que había descubierto, había acabado por transformarla de princesa consentida en una mujer compasiva.

A Russell le encantaba su nueva personalidad, pero confiaba en que no se volviera demasiado rígida.

—Gastar dinero en restaurantes no es un crimen, Nicole —comentó —. Ni que me aloje en un hotel de cinco estrellas. Es una manera de contribuir a la economía local.

Nicole lo miró con expresión pensativa.

—Tienes toda la razón. Corro el peligro de convertirme en una fanática. No hay nada peor que un pecador reformado —bromeó.

—Tú nunca has sido una pecadora, sólo has sido víctima de las circunstancias —dijo Russell, recordando los consejos de Hugh.

«Ahora no puedes decirle la verdad», le había advertido. «Es demasiado tarde».

James, al que había consultado a su vuelta de la luna de miel, había estado de acuerdo. Sólo le faltaba avisar a su madre, pero lo haría cuando fuera necesario. Si es que ese momento llegaba.

Russell había llegado a odiar la palabra «si».

Le causaba insomnio: «Si hubieras sabido desde el principio que no era hija de Power». «Si no te hubieras obcecado con vengarte»…

Nicole lo devolvió al presente al posar la mano sobre la de él.

—¿En qué estás pensando con esa expresión de tristeza? —le preguntó.

Russell tuvo la tentación de contarle la verdad, pero no lo hizo.

—En los niños del orfanato. Tienes razón: no tienen nada.

—Pero pronto, gracias a ti, las cosas van a cambiar —dijo Nicole con una espléndida sonrisa.

El camarero se acercó con el vino. En cuanto se fue, Nicole lo probó.

—Mmmm. ¡Está delicioso! No había tomado vino desde… nuestro fin de semana.

—Parece que fue hace años.

—¿Verdad?

Russell decidió no esperar más. Con el corazón acelerado, sacó la sortija del bolsillo. Nicole supo que lo iba a suceder en cuanto vio la caja.

—No es falso —dijo él, abriéndola y mostrándole la joya—. Es una

esmeralda colombiana y diamantes de Kimberley. Cuesta doscientos mil dólares.

Nicole contempló la preciosa sortija. Luego alzó la mirada.

—No pretendo comprar tu amor porque sé que es imposible —continuó él—, y, pase lo que pase, es para ti como muestra de mi amor —sacó la sortija de la caja y, deslizándose del asiento se puso de rodillas junto a Nicole—. ¿Me harás el honor de casarte conmigo, amor mío?

Sin decir palabra, con los ojos brillantes por las lágrimas, Nicole la tomó, se la puso y a continuación sujetó el rostro de Russell para besarlo con toda la emoción que la embargaba.

Él la miró con el rostro iluminado.

—¿Eso quiere decir que sí?

—Sí —dijo ella.

El camarero, que había visto la escena y la había contado a todo el mundo, les anunció que el encargado los invitaba a la cena.

Para cuando dejaron el local, Nicole sentía que flotaba.

—He olvidado decirte que te amo —dijo en el taxi hacia el hotel, acurrucándose contra Russell.

—¿Te importa demostrármelo? —susurró él.

—En absoluto.

—Te amo —dijo de nuevo, ya en la cama, cuando yacían el uno en brazos del otro.

—¿Lo bastante como para acceder a casarte conmigo antes de Navidades?

Nicole se incorporó sobre un codo.

—Pero si sólo faltan tres semanas. Tardaríamos más en conseguir la licencia.

Russell se encogió de hombros.

—Ya sabes que el dinero abre muchas puertas.

—Me encantaría estar casada antes de Navidad —dijo ella, pensativa, consciente de que, una vez tomada la decisión, tampoco quería esperar.

—¿Eso es un «sí»?

—Sí —dijo ella, y apoyó la cabeza en su pecho.

—Te deja poco tiempo para los preparativos —dijo él, acariciándole el cabello.

—No lo voy a necesitar.

—Eres una mujer excepcional.

—Tengo que ser para haber encontrado un hombre como tú.

Russell trató de ignorar el monstruo de la culpabilidad, que amenazaba con embestirlo una vez más.

—Te amo —musitó.

—Lo sé —dijo ella con un suspiro de felicidad.

Capítulo 20

—Estas preciosa.

—Tú también —dijo Nicole.

—Nunca me pongo nada amarillo —dijo Kara, mirándose en el espejo—, pero mamá me ha dicho que era el color que querías. Y la verdad es que no me queda mal. Aunque eso no significa que te vaya a hacer sombra —añadió, sonriendo a la imagen de Nicole en el espejo—. Estás espectacular.

Nicole tenía que admitir que el vestido marfil que había comprado en Bangkok le favorecía. Era sencillo, pero elegante, ceñido hasta la cintura y acabado en una falda hasta los pies que descendía con un delicado vuelo.

No había querido tener el tipo de boda que Alistair le habría organizado de haberse casado con David. Así que la ceremonia se iba a celebrar en casa de Kara y con la presencia de un grupo de amigos. En el cabello llevaba también un sencillo adorno, muy distinto al velo con tiara de diamantes que su madre habría elegido.

Pensar en su madre le encogió el corazón. Sabía que aquél era el día de su boda. Nicole le había informado de los acontecimientos y le había mantenido al día. Su madre había desaprobado de la precipitación con la que estaban organizando la boda, pero se había relajado al saber que su futuro marido era rico. Inicialmente, había dicho que acudiría a la boda, pero Alistair le había obligado a cambiar de idea por temor a ser localizado por las autoridades australianas a través de ella.

Nicole se había tenido que limitar a enviar por correo electrónico algunas fotografías de la boda de Megan para que su madre conociera, al menos físicamente, a su futuro yerno. Desde entonces no había recibido ni mensajes, ni una llamada de teléfono. Y la ceremonia estaba a punto de empezar.

—¿Estás pensando en tu madre? —preguntó Kara, intuitiva.

—Pensaba que al menos llamaría —dijo Nicole, y sus ojos se humedecieron.

—¡Ni se te ocurra llorar! —le advirtió Kara—. No tenemos tiempo para retocarte.

Llamaron a la puerta y el padre de Kara preguntó desde el otro lado si podía pasar. Nicole pestañeó con fuerza para dominar las lágrimas.

—¡Vaya, vaya, estáis preciosas! —dijo él al entrar.

—Menos mal —dijo Kara—. Llevamos todo el día preparándonos.

No mentía. Había ido al centro de belleza a las ocho de la mañana. Kara había regalado a Nicole un vale por el mejor tratamiento que ofrecían, y Nicole no se había sentido capaz de rechazarlo. La experiencia había sido maravillosa, especialmente el masaje, y le había dado tiempo para reflexionar sobre la vida que llevaría como esposa de Russell.

—Si quieres continuar con tu trabajo solidario —le había dicho él durante el vuelo desde Bangkok—, deberías trabajar conmigo. Serías una vendedora magnifica. Así ganarías dinero y podrías invertirlo en lo que quisieras.

A Nicole le había parecido una buena idea, y al salir del salón de belleza, decidió comprar un par de trajes de chaqueta para su nuevo empleo.

—Mi mujer piensa que deberías retrasarte un poco para hacerte esperar —dijo el señor Horton, mirando el reloj—, pero el novio está muy nervioso. No sé si tanto o más que el padrino.

Nicole sonrió. Desde que habían vuelto a Sidney había llegado a conocer bien a Hugh. También a James. Los dos amigos habían echado una moneda al aire para ver cuál de ellos tendría el privilegio de actuar de padrino, y Hugh había ganado. O perdido, según como se viera.

Hugh opinaba que las bodas sacaban lo peor de él, especialmente malos recuerdos de las bodas de su padre. James se había reído y le había dicho que no eran más que excusas y que ya era hora de que madurara.

James era el más pragmático de los tres; Hugh el sensible. Y Russell, el misterioso.

Nicole se sorprendió a sí misma al pensar en Russell en esos términos. ¿Por qué «misterioso» si entre ellos no había secretos? Russell siempre había sido sincero con ella, e incluso le había hablado del suicidio de su padre.

—Vámonos, chicas —dijo el señor Horton.

Nicole sacudió la cabeza y tomó el ramo de flores.

—Muchísimas gracias por llevarme al altar, señor Horton.

—Es un placer, querida. Siempre ha sido un gusto tenerte cerca. Russell es un hombre muy afortunado.

—Y Nickie también —dijo Kara, adelantándose a ellos—. Mucho cuidado al bajar las escaleras. No queremos un accidente de última hora.

La escalera era ancha y señorial, y acababa en un gran vestíbulo, desde el que se accedía a un salón formal donde iba a tener lugar la

ceremonia. Para la ocasión, habían instalado tres filas de sillas con un pasillo en medio sobre el que habían dispuesto una alfombra roja. Al fondo habían situado un atril para el juez de paz.

Las sillas estaban ocupadas y desde el salón llegaba el rumor de voces. Se detuvieron en la puerta.

—No estés nerviosa —el señor Horton dio una palmadita en la mano de Nicole—. Sonríe y mira hacia adelante.

No fue tan sencillo evitar dirigir una mirada a un lado y a otro, especialmente porque Kara, que avanzaba delante de ella, le bloqueaba la vista de frente. Primero, reconoció a varios de los directores de Russell, luego a los vecinos de los Horton, que a menudo se habían ocupado de Kara y de ella cuando eran niñas y los Horton tenían que salir, luego vio a James y a Megan, al novio de Kara, a la señora Horton.

Al ver a la madre de Russell, la sonrisa murió en sus labios. No parecía ni la mitad de contenta que la semana anterior, cuando la había recibido con los brazos abiertos, mostrándose entusiasmada con la noticia de la boda. En aquel momento, por contraste, su rostro reflejaba una tensión que le provocó un nudo en el estómago.

Afortunadamente, habían llegado al final del pasillo y, cuando Kara se desplazó hacia un lado, Nicole tuvo ante sí al hombre con el que iba a casarse.

En el rostro de Russell no había un ápice de tensión; sólo amor. Y la sonrisa de Nicole se contagió de su felicidad.

Desde ese instante, Nicole sólo tuvo ojos para él, hasta que la ceremonia concluyó y Russell se inclinó para besarla. Por eso no oyó que la puerta principal se abría bruscamente, ni los precipitados pasos resonando sobre el mármol del vestíbulo. No imaginó que su madre los observaba desde la puerta del salón con expresión horrorizada.

Fue Russell el que pareció intuir que algo no iba bien, pues separó sus labios de los de ella, y volvió la mirada hacia la puerta. Una ojeada bastó para que se reconocieran mutuamente.

—Llego demasiado tarde, ¿verdad? —dijo ella sin apartar la mirada de él.

Russell se quedó sin habla. Estaba aterrorizado.

—¡Mamá! —exclamó Nicole, entusiasmada—. ¡Has venido!

Su madre continuó mirando a Russell con ojos de hielo.

—No tiene ni idea, ¿verdad?

Nicole alzó la mirada hacia Russell con expresión inquisitiva.

—¿De qué? —preguntó.

—Pobrecita mía —dijo su madre avanzando hacia ellos—. Crees que te ama de verdad.

Entre los invitados se alzó un murmullo. Nicole asió la mano de Russell.

—Claro que Russell me ama.

—Cuéntale la verdad —dijo su madre, dirigiéndose a él.

—La verdad es que la amo —dijo Russell, tensándose ante la que iba a ser la batalla más importante de su vida—. Nicole es la mujer que nunca pensé encontrar.

—¡Mentiroso! —exclamó ella, iracunda—. Me di cuenta de que eras tú en cuanto te vi en la fotografía, pero necesitaba venir a confirmarlo en persona. Alistair pensaba que era imposible, pero yo nunca he olvidado tus ojos, o el odio que irradiabas aquel día. Si no llego a detenerte, habrías matado a Alistair.

Nicole miró a Russell, alarmada.

—¿De qué está hablando mi madre? —le preguntó.

—De venganza —dijo ella sin dejar hablar a Russell—. Tu nuevo marido consideraba a Alistair responsable del suicidio de su padre, y juró que se vengaría arrebatándole todo aquello que apreciara. Tú misma me dijiste que había comprado la casa de Belleview Hill.

—Pero ya la he vendido —intervino Russell.

—Sólo cuando has conseguido un bien todavía más valioso. Tú no eres el amor de su vida, querida hija mía. Eres su venganza.

Nicole no era la única que miraba a su madre con el corazón en la garganta.

—¡Pregúntaselo! ¡Dile que te lo cuente! Si es cierto que te ama, no debería temer a la verdad. Nicole alzó una vez más la mirada hacia él.

—¿Russell?

—No es culpa suya.

Los presentes miraron al hombre que acababa de hablar.

—Quería decirte la verdad desde el principio —añadió Hugh, acercándose a ellos y tomando las manos de Nicole—, pero yo le disuadí diciéndole que no debía correr ese riesgo. Sólo James, su madre y yo conocíamos la historia. Nunca pensé que la tuya lo recordara, querida Nicole. Tienes que creer a Russell. Su amor es sincero.

A Russell le emocionó el galante gesto de Hugh, pero no estaba dispuesto a que su amigo asumiera la responsabilidad de sus errores. Había llegado la hora de la verdad.

—Gracias, Hugh —dijo, dándole un apretón en un hombro—, pero Nicole merece saberlo todo —se volvió hacia ella para que pudiera ver en sus ojos que no le mentía—. Inicialmente me planteé vengarme a través de ti. Estaba furioso porque Alistair había escapado de la justicia y había huido. Comprar su casa no me había hecho sentir

ninguna satisfacción. Cuando nos conocimos, pensé que eras su hija…

Nicole escrutaba su rostro mientras Russell confesaba aquello turbios detalles.

—A Hugh le indignó mi comportamiento y la noche que fuimos al Neptuno me amenazó con contarte la verdad, pero conseguí que me prometiera que no lo haría. Me costó hacerlo, pero le convencí de que, si hablaba, te rompería el corazón, y eso era lo último que yo quería. Porque ya entonces, amor mío, me estaba enamorando de ti.

Nicole recordaba aquella noche muy bien, y las falsas conclusiones que había sacado del comportamiento de Hugh. No era él el malvado en aquella ocasión, sino el hombre al que amaba y con el que acababa de casarse. Russell, quien la había seducido por venganza en la cama de su propia madre.

Y si todo ello debería haberle espantado, ¿por qué se sentía tan tranquila?

—Sé que lo que hice fue imperdonable —continuó Russell. Y en sus ojos Nicole atisbo la tristeza que había visto reflejada en otras ocasiones—. Ni siquiera sé si he podido perdonarme a mí mismo. Pero te amo, Nicole, con un sentimiento tan profundo, que supera cualquier deseo de venganza. Y te aseguro que tiene que ser un amor muy profundo, ya que ese deseo de venganza ha sido el motor de mi vida durante dieciséis años. Pero entonces apareciste tú, y pronto olvidé que quería vengarme, porque te quería sólo a ti.

Nicole sintió que el corazón se le encogía ante la dulce emoción expresada por Russell con voz temblorosa. Lo que había hecho estaba mal. Muy mal. Pero era comprensible. De haber estado en su lugar, ella habría actuado de la misma manera. El rostro de Russell reflejaba la única verdad en aquel momento: la amaba. Todo lo demás pertenecía al pasado. Todo lo demás era irrelevante.

—Te amo —insistió él—. Y no sabes cuánto siento mi comportamiento. De hecho, si desde hoy no quieres saber nada de mí, lo comprenderé —añadió con un suspiro—. Estoy seguro de que podríamos anular la boda, si eso es lo que deseas.

En la habitación se produjo un profundo silencio. Todos los presentes esperaron la respuesta de Nicole conteniendo la respiración.

—Yo también siento que no me lo pudieras contar antes, porque me da exactamente cuál sea la causa original de que estemos juntos. Sé que me amas tanto como yo a ti.

—¡Acaso estás ciega! —exclamó su madre.

—¡Ya has dicho bastante! —dijo Nicole, mirándola con severidad —. Tú has permanecido junto a un hombre que ha hecho cosas mucho peores que mi Russell. No pienso admitir que digas ni una sola palabra

más en contra de mi marido. Nos queremos, y eso es todo lo que importa aquí y ahora.

—Exactamente —se oyó gritar a una voz femenina.

Se trataba de Megan, quien se puso en pie y comenzó a aplaudir.

Nicole pensó que le estaría eternamente agradecida.

Todos los demás la imitaron. Incluso su madre, que pareció sentirse afectada por las palabras de Nicole.

—¿Te importaría que te besara de nuevo? —susurró Russell.

No necesitó respuesta. Cerrando los ojos, posó sus labios sobre los de ella y olvidó cualquier sentimiento que no fuera el amor que sentía por Nicole.

Y como ella bien había dicho, eso era lo único que importaba.